

«Parábolas de nuestro Señor»

CONTENIDO

Prefacio	Pág. 2
El Sembrador	3
El trigo y la cizaña	4
La semilla de mostaza	5
La levadura	6
El tesoro oculto	8
La perla	9
La red	10
Los dos siervos	11
Los labradores de la viña	12
Los dos hijos	13
Los labradores malvados	15
Las bodas del hijo del rey	16
Las diez vírgenes	17
Los talentos	18
Los siervos dormidos	20
Los dos edificadores	21
Los dos deudores	22
El buen samaritano	23
El hombre fuerte	24
El rico necio	26
El retorno del señor	27
La higuera y la viña	28
La gran cena	29
La oveja perdida	31
La moneda perdida	32
El hijo pródigo	33
El hijo mayor	34
El mayordomo injusto	35
El juez injusto	37
El fariseo y el publicano	38
Las minas	39
La higuera y los árboles	40

PARÁBOLAS DE NUESTRO SEÑOR

Prefacio

El Salvador en su ministerio, habló frecuentemente en una forma ilustrativa, que es a veces difícil de determinar si lo que se proponía era una parábola formal, o simplemente usó el lenguaje parabólico. El vino y los vestidos nuevos, y la luz y el candelero, por ejemplo, mientras tienen un carácter parabólico, han sido dejados a un lado para los propósitos de este libro.

Pero algunos tal vez se sorprenderán de la omisión del Rico y Lázaro y el Pastor y los cabritos (Lc.16 y Mt.25). La primera no la puedo considerar como una parábola, mientras no tengo ninguna disputa con quienes así la consideran. No sólo ésta no es llamada una parábola, sino que nombres son introducidos, una cosa sin precedentes en las parábolas de nuestro Señor, como yo recuerdo. Prefiero considerar al Rico y a Lázaro como verdaderos caracteres, cuya historia en este mundo y más allá es solemnemente trazada por el Salvador para el beneficio moral de los hombres en todo lugar.

Mt. 25:31-46 es comúnmente considerado como una parábola, pero, a mi juicio, equivocadamente. El pasaje describe un importante incidente en el juicio de los vivos a la aparición del Señor. Los Gentiles son emplazados en cuanto a su tratamiento de aquellos a quienes el rey llama como "*mis hermanos*", el remanente de Israel en los últimos días. Yo no veo nada parabólico en el pasaje más allá de las palabras, "*él las separará una de otra como el pastor separa las ovejas de los cabritos*". Con esta explicación, dejo esta materia a juicio de mis hermanos

Las parábolas son tratadas en el orden que se encuentran en los evangelios.

W.W.F.

EL SEMBRADOR

Ésta, la primera de las parábolas del Señor fue expresada bajo muy penosas circunstancias. Los líderes Judíos, después de una abundante mala conducta anterior, habían llegado aún hasta atribuir Su poder a Belzebú. Más allá de esto no podían ir en su maldad. Los líderes y el pueblo estaban en tal condición de alejamiento de Dios que las bendiciones prometidas a Israel no podían ser introducidas, ni establecidas en ese tiempo. Desde este punto el Salvador comenzó a usar una forma enigmática de hablar, que era bastante inteligible a la piadosa minoría, y completamente oscura para el profano. Como la nube en el día de Moisés, que estaba entre Israel y los egipcios, las parábolas eran luz para uno y oscuridad para otros.

El Salvador se asemeja a Sí mismo a un sembrador esparciendo su semilla (Mt. 13:3-8). Esto marca un nuevo camino en los designios y tratos de Dios con el hombre. Durante las primeras edades de la historia del mundo Dios había estado buscando fruto del hombre (especialmente de Israel), como Él estaba autorizado a ello. Pero Él buscó en vano, debido a que la carne es incorregiblemente mala. Cada sucesiva dispensación sólo sirvió para mostrar esto más vívidamente. El hombre violó su conciencia, despreció el testimonio de las obras de Dios, pisoteó Su ley, mató a Sus profetas quienes los reprendían y llamaban al arrepentimiento de parte de Dios a causa de su mal. Y cuando ellos han dado muerte al único y último recurso de Dios, el Amado del Padre, ellos llenaron la copa de la iniquidad humana. Dios no espera más por fruto del hombre; Su actual acción es sembrar la buena semilla del evangelio, y de este modo producir Su propio fruto. Esta obra ha estado en proceso desde que el Hijo de Dios vino a la tierra. Pero el corazón humano no siempre es sensible a la buena semilla de la palabra de Dios. El Señor muestra en Su parábola que a causa de esto la mayor parte de lo que Él siembra queda sin fruto. Los hombres escuchan, pero no se benefician de lo que escuchan. Cuatro clases de oyentes son indicadas; la propia explicación del Señor hace el significado claro más allá de toda disputa. Primero tenemos **a los de junto al camino**. Aquí tenemos a los descuidados, quienes escuchan, pero no oyen. Sus mentes son indiferentes como para permitir que haya algún interés en ellos. Las aves cogen la semilla que es sembrada junto al camino, Satanás remueve de estos aun el recuerdo de las cosas que les han sido habladas. El predicador puede ser admirado, pero su mensaje es olvidado. Después tenemos la semilla que cae entre **pedregales**. Ellos son quizás los más decepcionantes de todos. Ellos responden inmediatamente a la Palabra predicada, y causan mucha alegría a los que buscan su bien; pero no teniendo profundidad, tan pronto como las dificultades se presentan, arrojan su confesión de Cristo a los vientos. Éste es el rebaño que impresiona. Ellos lloran rápidamente cuando el Salvador les es presentado; pero esto es sólo sentimiento, pero la conciencia y el corazón no son afectados. La tercera clase es la semilla que cae entre **espinos**. La buena semilla no tiene lugar en un lugar de espinos.

Éste es el rebaño que es estorbado, y éste incluye a ricos y pobres. El hombre rico está demasiado ocupado de sus bienes, caballos y perros para dar una profunda atención a las cosas espirituales, y el pobre demasiado cargado con las ansiedades de la vida. En ambos casos, los asuntos de la tierra son puestos en primer lugar, el alma está perdida. La última clase es la **buena tierra**. Estos representados así, han experimentado la acción del arado de Dios en su conciencia, han aprendido su propia culpabilidad y desgracia, y han puesto toda su confianza en el Salvador que murió por sus pecados y resucitó. Sólo en estos hay permanencia, aunque aún entre los verdaderos hay variedad de frutos, en algunos treinta, en otros sesenta, y en otros cien por uno.

EL TRIGO Y LA CIZAÑA

Seis de las siete parábolas que se encuentran en Mt.13 son divinamente descritas como similitudes del reino de los cielos. La parábola del Trigo y la Cizaña es la primera de estas seis, y cuya explicación y significado es dado por el Salvador a Sus discípulos. El reino de los cielos en su actual forma abarca a toda la profesión Cristiana, sea verdadera o falsa. En la edad futura éste cubrirá toda la tierra, como está predicho en las profecías del Antiguo Testamento. No debemos confundir el reino de los cielos con el mismo cielo. Éste es uno de los tantos errores del Papado, y esta equivocación es muy seria en sus resultados, hay muchos hoy en el reino de los cielos que no estarán, ni tendrán parte en el cielo; su profesión de obediencia al ausente Cristo es sólo formal e irreal.

El Hijo del hombre ha sembrado la buena semilla en Su campo. El Cristianismo de este modo ha comenzado con un número de personas que eran verdaderos hijos del reino. Satanás pronto se puso a trabajar para corromper este nuevo testimonio; él logró su propósito al introducir falsos hermanos entre los verdaderos. Esto ocurrió "*mientras los hombres dormían*", cuando los siervos de Cristo se hicieron negligentes de los intereses de Su maestro, y sordos en sus percepciones espirituales, y que hubieron admitido a la comunión exterior del Cristianismo a hombres que nunca debiesen haber visto con buenos ojos — personas no regeneradas, hijos del malo (Judas 4). Estos son llamados "*cizaña*" —una indigna hierba muy parecida al trigo en los comienzos de su crecimiento.

Cuando vino a ser claro que el cultivo estaba mezclado y estropeado, los siervos preguntaron al cabeza de familia si debían arrancar la cizaña, él respondió: "*No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con esta el trigo*". Arrancar la cizaña es matarla. En igual manera el campo de trigo de la Cristiandad sólo puede ser desyerbado por poner a muerte cada falso profesante del nombre de Cristo. Esto está claramente prohibido, y la seria razón para ello es que al hacer esto estaría también el verdadero trigo en peligro ante siervos erráticos. La prohibición de nuestro Señor no ha sido oída en la Cristiandad. Eclesiásticos celosos, Papistas y protestantes, han de tiempo en tiempo tratado

de erradicar de la tierra a aquellos que ellos han juzgado como cizaña, sólo para caer en el mismo error objetado por el Salvador. Algunos de los mejores trigos han sido destruidos en el proceso; muchos de Sus más verdaderos santos han sido quemados o martirizados de otra forma. El trigo y la cizaña deben crecer juntos hasta la siega. Esto significa que ellos han de vivir juntos en el mundo (porque *"el campo es el mundo"*), tampoco molestar al otro. Una semejante y mala mezcla jamás fue contemplada en la parábola.

El tiempo de la siega será al fin de la edad, a los menos mil años antes del fin del mundo. El Salvador reunirá y tomará a cada creyente verdadero a Su granero a Su venida, y los ángeles tratarán con el resto en juicio. La gloria celestial de Cristo, con toda su bendición, es el destino del confesor que ha sido lavado en la sangre de Cristo; el lago de fuego, con todo su indecible horror, es la eterna porción de cada falso confesor de Su nombre. Cuando esta separación final se realice, los justos brillarán como el sol en el reino del Padre. Desde esa exaltada posición de bendición celestial los redimidos dispensarán la bendición de Dios a través de las futuras edades a incontables millones que serán puestos bajo su gobierno en la tierra. El resultado final demostrará que los propósitos de gracia de Dios no han fallado, cuales sean los aparentes éxitos del gran adversario durante el tiempo presente.

EL ÁRBOL DE MOSTAZA

El Salvador después asemeja el reino de los cielos a *"la semilla de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; que aunque es la menor de las semillas; cuando crece es el más grande entre las hierbas, y viene a ser un árbol, de manera que las aves de los aires vienen y hacen nidos en sus ramas"* (Mt.13:31-32). Esto es un triste presagio, cuando recordamos que las aves, de acuerdo con la parábola del Sembrador, representan a los agentes del mal (v.4 y 19). El árbol de mostaza es la profesión del Cristianismo, que comenzó en una humilde forma, pero que en el tiempo cambió completamente su carácter y vino a ser una gran fuerza política en la tierra. Aquí, como en otras partes de las Escrituras, el árbol es símbolo de un poder terrenal (Ezeq.17:3 y Dn.4:22)).

El Cristianismo es esencialmente un sistema celestial. La Iglesia de Dios no pertenece al presente siglo malo del mundo, sino a la escena de gloria donde Cristo está ahora. Cuando los cristianos anduvieron en separación del mal curso de cosas aquí, y con un corazón consagrado a su Señor, su testimonio fue inequívoco, y tal como Dios podía bendecirlo para la bendición de las almas. Cuando la comunidad Cristiana vino a ser de influencia sobre la tierra, su utilidad espiritual declinó y vino a ser una poderosa máquina en las manos de Satanás. Una gran cosa imponente sobre la tierra, con todas las artes —música, arquitectura, etc.— introducidas en su servicio, y todo esto es lo opuesto a todo lo que Cristo fue. La adoración sensual de la catedral, la abadía y el monasterio

es ofensiva para Dios, como la simple adoración en el "*aposeno alto*" fue Su delicia.

Que ningún lector entienda mal, esto no quiere decir que las bendiciones del Cristianismo debiesen haberse limitado a estrechos límites. No, lejos de esto. El evangelio fue propuesto para ser esparcido afuera; porque Dios amó y ama al mundo, y Cristo, se dio a Sí mismo en rescate por todos. Pero la profesión Cristiana debiese haber continuado humilde y no mundana, no buscando nada en la forma de poder y honor donde el Salvador sólo encontró una cruz y una tumba. En lugar de esto, lo que se llama "*la Iglesia*", sea vista en su aspecto Romano, Anglicano, no conformista, ha sido insaciable en su codicia por el poder terrenal. Ésta ha sido frecuentemente un terror para los gobiernos, y hasta esta hora es un poder que no es ignorado por las autoridades civiles. Esto, en lugar de ser una materia de congratulación por parte de los verdaderos cristianos, debe ser causa de una profunda humillación ante Dios, que los hombres que están llevando el nombre del Señor hayan de este modo ciegamente venido a ser instrumentos de Satanás para la falsificación de su propio llamamiento y testimonio.

En las ramas del árbol de mostaza las aves encuentran un agradable hogar. Las Escrituras hablan de la Cristiandad en su última fase como "*habitación de demonios, y morada para todo espíritu y ave inmunda*". Esto es verdadero en gran medida ya en el tiempo actual. Si el Cristianismo hubiese continuado humilde y no pretencioso, su ministerio nunca habría sido buscado como una "profesión" y ciertamente nunca habría llenado sus oficios con hombres de espíritu ambicioso, borrachos, y semejantes. ¡Ay, por siglos de deshonor al nombre del Santo y Verdadero que han sido ocasionados por las aves inmundas que han encontrado su morada en sus ramas, aun en sus más altas ramas, de este gran árbol de mostaza!

LA LEVADURA

De todas las parábolas del Señor probablemente ninguna ha sido tan seriamente mal comprendida como aquella de la levadura oculta en la harina (Mt.13:33). Se afirma muy confiadamente por algunos que esta parábola muestra que el mundo será convertido por la bendita influencia del Cristianismo. Desafortunadamente para esta interpretación, cada pasaje de la Escritura que trata con el fin de la era actual no habla de conversión y bendición, sino de apostasía y maldad como sus principales características.

Éx.12:15, y Lv.2:11 bastarán para mostrar como la audiencia Judía del Salvador debe haber comprendido el símil de la levadura. Por quince siglos ellos han estado bajo el mandato de excluir la levadura de sus casas durante sus festivales religiosos, y se les prohibía mezclarla con sus ofrendas hechas por fuego. Ésta es por tanto emblema de lo que es malo, y en esta forma fue usada

frecuentemente por el Salvador en Su enseñanza. La levadura de los Fariseos, la levadura de los Saduceos, y de Herodes, representan respectivamente al Ritualismo, Racionalismo, y la Mundanalidad, todo esto vino de tiempo en tiempo bajo Su látigo.

¿Cómo entonces debemos entender esta parábola? Como algo de un carácter corrupto subyugando todo dentro de cierta área. Ésta es la doctrina cristiana en la forma viciada que la Iglesia la ha presentado al mundo desde que la energía apostólica cesó. Todas las naciones han venido a ser cristianizadas, de allí la palabra familiar "Cristiandad". No todas las naciones de la tierra ciertamente, porque el paganismo, Budismo y Mahometanismo están sobre la mayor parte de la humanidad. ¿Pero qué han efectuado las naciones cristianizadas? Sería locura suponer que cuando los verdaderos historiadores nos dicen que tales y cuales naciones han abrazado el Cristianismo largo tiempo atrás, que necesariamente todas las personas que componen estas naciones han venido a ser verdaderamente convertidas a Dios. Nada de esto es pensado, sino simplemente que, ellos han sido inducidos a cambiar de religión. Pero una iglesia infiel, de manera a hacer el Cristianismo sabroso a las masas, ha comprometido la verdad de Dios muy tristemente. De este modo, como los paganos han estado acostumbrados por edades a llevar carruseles en ciertos tiempos del año en honor a sus dioses, a ellos se les permitió seguir adorando en el nombre de Cristo. Éste es el origen impío de navidad, etc.

El Cristianismo es esencialmente un orden espiritual y celestial de cosas. En éste es revelado el corazón de Dios al hombre en gracia perdonadora, borrando todas las transgresiones de todos los que sinceramente creen en la obra expiatoria del Salvador. Ellos pertenecen al cielo, no solamente como un lugar de reposo cuando el mundo no pueda ser retenido más, sino como la escena donde están ahora por fe. Todo esto, y mucho más que es de infinita importancia y bendición, ha venido a ser completamente nublado por la invención de un sistema sacerdotal, que sustituye lo visible por lo invisible, y al sacerdote por Cristo. Ésta es la forma, en la cual el mundo mejor conoce al Cristianismo. Ésta es la levadura, corrupta y corrompiendo hasta que la paciencia divina llegue a su fin, y todo esto sea barrido por el juicio de Dios.

EL TESORO OCULTO

Habiendo hablado cuatro parábolas a oídos de la multitud a orillas del mar el Salvador se retira a la casa con Sus discípulos. Él tenía otras materias que comunicar sólo a los hombres que habían nacido del Espíritu. Sólo ellos podían comprender. En sus expresiones públicas Él ha, mostrado el reino de los cielos, la profesión Cristiana en su aspecto exterior —lo que cualquier ojo podía ver y cualquier mente comprender. Él gráficamente ha descrito su levantamiento, desarrollo, y el destino de la Cristiandad, visto como un sistema externo. Pero si Él no hubiese dicho más, podría haberse inferido que Satanás estaba destinado a ser completamente triunfante sobre toda la obra de Dios. Porque está más allá de duda y discusión que las parábolas de la cizaña, el grano de mostaza, y de la levadura traen el desastre, visto desde un punto de vista espiritual.

En lo privado de la casa el Señor presentó otro aspecto de las cosas a Sus discípulos, otros además de los doce estaban incluidos en Su audiencia (Mr.4:10). Tres parábolas adicionales les fueron dadas a ellos, la primera de éstas es la del tesoro escondido. *"El reino de los cielos es como un tesoro escondido en un campo; que cuando un hombre lo ha encontrado lo oculta, y de gozo va y vende todo lo que tiene, y compra el campo"* (Mt.13:44). El campo es el mundo, de acuerdo a la propia interpretación del Señor; el tesoro representa a los santos que están en éste. Por santos pensamos en todos aquellos que verdaderamente creen en el nombre del Señor, y que han sido lavados de sus pecados en Su preciosa sangre. Él compró el mundo por causa del tesoro escondido, como un hombre hoy podría comprar una cantidad de libros antiguos a causa de un libro que se haya en medio de estos. El mundo es de este modo de Cristo, no sólo por derecho de creación, sino también por derecho de compra. Nada puede estorbar que éste llegue finalmente a Su posesión, con cada persona en él, aunque rebelde. El Padre le ha dado autoridad sobre toda carne, para que Él de vida eterna a todos aquellos que el Padre le ha dado (Jn.17:2). Cuando la edad se haya completado, Cristo se rodeará de todos los Suyos (ninguno de ellos se perderá), aunque la obra exterior de la Cristiandad haya sido completamente arruinada. Sus enemigos serán obligados a inclinarse ante Él, reconociendo Sus derechos, y para justificar la justa sentencia que Él pasará entonces sobre ellos a causa de su incredulidad.

Cada corazón creyente es abrumado con maravilla y adoración ante el pensamiento del precio de la compra. Él *"vendió todo lo que tenía"*. Nuestra bendición requería la renuncia a Su gloria celestial, la degradación del pesebre en Belén, y la vergüenza de la cruz del Calvario. El pecado sólo podía ser expiado por la muerte y el derramamiento de la sangre. Pero aun esto el Salvador no eludió, ante el gozo de ser capaz de rodearse Él mismo con felices millones de salvados por gracia soberana de la ruina de todo lo de aquí abajo. Sólo los Suyos experimentarán gozo al encontrarse ellos mismos en Su celestial presencia, Su corazón encontrará un mayor y más profundo gozo al tenerlos a ellos allí.

LA PERLA DE GRAN PRECIO

Es una común noción que la perla de gran precio es el Salvador, cosa que parece casi irreverente disputar. Aun así, la interpretación popular está abierta a una seria objeción por dos razones: (1) Esto pondría la parábola completamente fuera de armonía con la enseñanza de su contexto; (2) Ésta representaría al pecador sacrificando algo —todo realmente— para poder adquirir a Cristo. Pero Cristo no puede ser comprado. Él es el inefable don de Dios para el hombre, y todas las bendiciones son el fruto de su expiación, la vida eterna, etc. —son dones también. Pedro denunció severamente al hombre que pensaba que el don de Dios podía comprarse con dinero. Además, el pecador es representado en las Escrituras como no teniendo "*como pagar*" (Lc.7:42). Aquel que no puede justamente llenar y responder a sus justas obligaciones no está ciertamente en posición para comprar perlas costosas. Y debe recordarse que es el Salvador es quien busca al pecador, más bien que el pecador al Salvador.

La parábola dice así: "*El reino de los cielos es semejante a un mercader que busca perlas preciosas; quien, cuando ha encontrado una perla de gran precio, fue y vendió todo lo que tenía para poder comprarla*" (Mt. 13:45-46). Como en el caso del tesoro oculto, el comprador es Cristo. La perla es la iglesia, que, en la Escritura, es el conjunto de todas las personas creyentes desde el descenso del Espíritu Santo, hasta Su regreso en los aires (Hech.2:1 y 1ª Tes.4:15-18). El tesoro oculto puede haber consistido en cientos de piezas de oro y plata, y de este modo de forma conveniente representa a los creyentes en todas las edades, que han sido, y serán salvados de la ruina del mundo de Adán por la infinita gracia de Dios. Pero la perla representa a los salvados del período Cristiano especialmente. La Iglesia tiene un lugar especial en los designios de Dios. Los propósitos divinos concerniente a ella han sido tenidos en secreto en el seno divino hasta que Pablo fue llamado como un vaso escogido para comunicar tal secreto y misterio oculto en Dios a los hombres (Efes. 3:3-4); él fue en un sentido especial el ministro de la Iglesia; y de él aprendemos que la Iglesia es el cuerpo de Cristo ahora, y será Su esposa por toda la eternidad. En estas relaciones especiales los salvados de las edades anteriores no tendrán parte, aunque la casa eterna de todos los santos de Dios es "*La ciudad del Dios vivo, Jerusalén celestial*" (Heb.12:22).

La unidad de la perla muestra la belleza y unidad de la Iglesia de Cristo, como Cristo la ve y estima. El gozo del buscador de la primera parábola es el fruto del laborioso buscador en la parábola ante nosotros. Para tener la perla para Sí, él tuvo que sacrificar o vender todo lo que tenía. El dejó la gloria celestial, y aceptó un lugar de humildad en circunstancias terrenales. Su trono terrenal, como Hijo y heredero de David, también fue objeto de Su renuncia, y en lugar del trono aceptó la cruz y la tumba. Todo esto fue en vista a poseer para Sí mismo la perla sobre la cual Él había puesto Su corazón. Como el Espíritu lo dice en otra parte: "*Cristo amó a la Iglesia, y se dio a Sí mismo por ella*" (Efes.5:25).

Ciertamente las afecciones de todos los objetos de Su favor estarán sobre tal Salvador para siempre.

LA RED

Ésta es la última en la serie de parábolas que fueron expresadas por nuestro Señor en el memorable día de Mt.13: *"El reino de los cielos es semejante a una red, que es echada en el mar, recoge toda clase de peces; y una vez llena, la sacan a la orilla; y sentados, recogen lo bueno en cestas, y lo malo echan fuera"* (v.47-48). Aquí tenemos el resultado final de las operaciones de Dios, el hombre, y Satanás durante el período llamado Cristianismo. Como una red arrojada en el mar el evangelio ha salido a todo el mundo, con su tierno llamado a los hombres de toda nación. Éste ha logrado resultados que son manifiestos a los ojos de todos. Buenos y malos han sido reunidos; los buenos peces representan a quienes, habiendo humildemente reconocido su propia culpabilidad y ruina, han sido limpiados de sus pecados en la preciosa sangre del Salvador; los malos son aquellos (¡Ay, estos son muchos!) que "profesan y se llaman a sí mismos cristianos", que no aman la Persona del Salvador, y que no tienen una fe viva y real en el evangelio. Es en vano decir que no debemos juzgar. ¿Cómo es posible para el cristiano obedecer la exhortación de amar a los hermanos si no puede distinguir entre "los hermanos" y los otros? (1ª Jn.3:14) ¿Cómo evitar a los falsos maestros que introducen herejías destructoras, si ninguno puede saber quiénes son los falsos y quienes los verdaderos? (2ª Ped.2:1) Aunque equivocaciones en el discernimiento son posibles también, todos aquellos para quienes Cristo es algo más que un mero nombre es solemnemente responsable de distinguir, en piadoso temor, entre aquellos que son buenos de los que son malos, teniendo comunión con unos y alejándose de los otros.

Cuando la red del evangelio esté llena será sacada a la orilla. Cuán pronto esto se realizará, sólo Dios lo sabe, pero todo a nuestro alrededor nos sugiere que el fin de la edad se está acercando. Entonces se realizará aquella gran separación, que pondrá a un lado al impío de la comunión exterior del piadoso para siempre. De acuerdo con esta enseñanza de la parábola, el deber del pescador es preocuparse por los buenos peces. Ésta es la actual responsabilidad de quienes en este día profesan servir al Salvador ausente. Los malos peces el pescador simplemente los saca de la red y los vuelve a arrojar al mar, como no siendo estos los que él busca. El juicio de Dios de los falsos profesantes será asignado, no a manos humanas, sino al poder angélico. *"Así será al fin de la edad (no del mundo) saldrán los ángeles y separarán los malos de los justos, y los arrojarán al horno de fuego, allí será el lloro y el crujiir de dientes"* (Mt.13:49-50). Éste será el fin de la Cristiandad, como es descrito por el mismo Dios, no el mundo subyugado a Cristo por medio de las acciones de las agencias religiosas, sino la eterna ruina para muchos que han pasado como cristianos corrientes. El

Salvador indudablemente tendrá a los Suyos, aunque la discriminación final por medio de Su infalible mano revelará una terrible suma de falta de realidad e hipocresía en el círculo de quienes, en una forma u otra, llevan Su santo nombre.

LOS DOS SIERVOS

Una de las más desagradables características de la naturaleza humana caída —la insensibilidad a la gracia divina— es expuesta en toda su odiosidad en la parábola de los dos siervos (Mt.18:23-35). Pedro justo había preguntado al Señor si bastaría perdonar siete veces a un hermano que había cometido un mal contra otro hermano, recibió la respuesta, "*hasta setenta veces siete*". La parábola ante nosotros fue añadida inmediatamente, y en ésta la inigualable gracia de Dios y el incorregible mal del hombre se revelan claramente.

El bosquejo de la parábola es como sigue. Cierta vez, al tomar cuenta de sus siervos, encontró que uno le debía diez mil talentos. Y el deudor no teniendo dinero para pagar, el rey ordenó, que él, su esposa, sus hijos y bienes fuesen vendidos. En su angustia el deudor cayó a sus pies, y clamó "*Señor, ten paciencia conmigo y te pagaré todo*". El corazón del rey fue movido a compasión, y toda la gran deuda fue inmediatamente remitida. Pero el que había sido perdonado encontró a un conciudadano que le debía a él cien denarios, y en lugar de mostrarle clemencia de acuerdo con el modelo y forma que recién se le había mostrado a él, asió de él y le dijo: "*Págame lo que me debes*". En su completa falta de humanidad, él no dio atención a las lágrimas de su consiervo, sino que lo arrojó en prisión hasta que el pago fuese hecho.

Esta parábola puede ser leída dispensacional y moralmente. Dispensacionalmente nos presenta la historia del pueblo de Israel. Siglos de la ley los ha hecho a ellos serios deudores antes de que el Hijo de Dios viniese al mundo, y a toda esta deuda ellos añadieron la enorme culpabilidad de derramar Su sangre. En respuesta a su ruego, "*Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*", el favor divino le fue mostrado a la nación después que el Espíritu Santo descendió del cielo. A Israel primero le fue anunciado el evangelio del perdón divino (Hech.3:26). Esto en lugar de enternecer sus corazones, sólo sirvió para manifestar su completa insensibilidad hacia la bondad de Dios. Despreciando el evangelio para sí mismos, y en su odio hacia los Gentiles ellos pusieron cada estorbo para que éste no les fuese predicado a ellos (1ª Tes.2:16). Esto ha llenado su copa de iniquidad. Por lo cual ahora están sufriendo el castigo divino hasta que éste sea cumplido, y ellos hayan recibido de mano de Jehová el doble por sus pecados (Isa.40:2).

Pero debemos también considerar esta parábola moralmente. Considerada desde este punto de vista, ésta se dirige claramente a todos nosotros. Cada hombre es un deudor en relación con Dios. Perfecta obediencia y amor es lo que nosotros le debemos, pero entre nosotros esto nunca ha sido

pagado. Aun así, el corazón de Dios tiene misericordia de todos sus deudores en bancarrota, y sobre la base de la sangre expiatoria de Cristo, Él proclama pleno perdón a cada uno. Millones profesan haber recibido su perdón. "Creo en el perdón de los pecados" es el lenguaje de multitudes en la Cristiandad diariamente. Pero sólo la conducta prueba si la gracia de Dios ha realmente penetrado en el alma. Donde éste es el caso, el perdonado con gratitud anda en el espíritu de gracia hacia todos, y humildemente soportando los males, y sinceramente buscando el eterno bien de cada hombre. Los que se contentan a sí mismos diciendo, "*Señor, Señor*" mientras no hacen las cosas que Él dice, se encontrarán a sí mismos finalmente en el lugar del siervo malo de nuestra parábola, quien fue severamente denunciado por su señor como hipócrita y malo, y entregado a los tormentos. "*Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia*" (Stgo.2:13), nuestro Dios no quedará satisfecho con nada menos que la realidad en aquellos que tienen que hacer con Él.

LOS TRABAJADORES EN LA VIÑA

No hay absolutamente nada en esta parábola acerca de la salvación del alma. La salvación es completamente el fruto de la gracia soberana, concedida al indigno, sobre la base de la sangre de Jesús, el pensamiento de paga o recompensa es completamente extraño a esto. Pero cada alma salvada es un siervo, responsable a Dios en todas las cosas a su Señor. Es esto de lo que nos habla la parábola.

El comentario de Pedro en Mt. 19:27, "*He aquí nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿Qué, pues, tendremos?*" En respuesta se le dice que el servicio fiel en ninguna manera quedará sin recompensa, y en relación con los apóstoles, un honor especial les está reservado en la edad de oro cuando el Hijo del hombre se sienta sobre Su trono. Pero percibiendo en el comentario de Pedro la tendencia a exaltar los actos y los sacrificios humanos indebidamente, el Señor añadió la parábola de los trabajadores de la viña (Mt.20:1-16).

El denario que el dueño había concordado en dar como pago a los trabajadores era la paga usual de la labor de un día de trabajo. El acuerdo era aceptado por ambas partes. En el tiempo del pago se produjo una dificultad concerniente a algunos a quienes el dueño había empleado a la hora undécima, y que había enviado a trabajar a la viña. En su caso no se había llegado a ningún acuerdo en cuanto al pago; a ellos se les dijo simplemente, "*recibiréis lo que sea justo*". Ellos fueron a trabajar confiando en la bondad de su señor: un principio sano y seguro donde Dios es conocido. En el tiempo del pago los primeros en ser recompensados son los trabajadores que vinieron a la hora undécima, y cada uno de ellos recibió un denario. Cuando los que habían estado trabajando desde la mañana vinieron ante el mayordomo ellos suponían que recibirían más, y no dudaron en lamentarse ante el señor porque se les había dado sólo un denario

igual que a los demás. El señor de la viña protestó ante ellos de este modo: *"Amigo, no te hago ningún agravio; ¿no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo y vete; pero quiero dar a este postrero, como a ti ¿no me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?"*.

El punto es el absoluto derecho del Señor de todo para hacer lo que a Él le agrada con Sus bienes —un derecho que ninguna mente recta podrá disputar por un sólo momento. La mezquindad humana, aun en verdaderos creyentes, los hace propensos a alabar su propio servicio y magnificar sus propias labores en la viña del Señor. Pero tales nociones son reprendidas por el recuerdo de lo que cada alma debe al Señor de la viña. Un infinito costo, en medio de circunstancias de inigualable tristeza y vergüenza, y de este modo Él ha asegurado nuestra salvación en la cruz del Calvario. Desde el momento que este inmenso hecho es comprendido, un servicio consagrado viene a ser la feliz ocupación de aquel que ha recibido una tan inestimable bendición. Amor es el único motivo verdadero; cada declaración de la Escritura concerniente a la recompensa final es dada solamente como un estímulo. Cuando nuestros más nobles hechos son comparados con lo que Cristo ha hecho por nosotros, seremos obligados a poner nuestras manos sobre nuestra boca, y a arrojarnos en adoración ante Sus pies. Él se deleitará en alabar y recompensar aun un vaso de agua dado por Su causa, pero lejos de nosotros esté el expresar una sola palabra acerca de lo que mejor hemos hecho. Es sólo la gracia la que nos ha puesto en el camino de Cristo, y la misma gracia la que nos sustenta en él, y esta misma gracia no fallará en coronar esto abundantemente cuando el fin sea alcanzado.

LOS DOS HIJOS

Ningún predicador jamás estuvo menos dispuesto para la controversia que el Hijo de Dios, aun así, ninguno jamás fue más incisivo en sus contenciones críticas que Él. Y no nos sorprende; siendo Él el Escrutador de todos los corazones y quien sabía perfectamente los motivos que actuaban en aquellos que lo atacaban; y siendo Él mismo la verdad, sabía lo que se requería para cada ocasión.

Durante Su última semana en Jerusalén Él fue frecuentemente atacado por los líderes religiosos de Israel. En una oportunidad, después que Él había expuesto su incompetencia espiritual para el sagrado oficio, expresó la parábola de los dos hijos, en la cual muestra el desesperanzador caso de los hombres que dicen y no hacen. *"Un hombre tenía dos hijos, y viniendo al primero, dijo, hijo, ve hoy a trabajar a mi viña. Éste respondió y dijo: No iré; pero después se arrepintió y fue. Y vino al segundo, le dijo de igual forma. Y él respondió, Si señor iré, y no fue"* (Mt.21:28-32). El hijo rebelde, quien al principio rehusó hacer la voluntad de su padre, representa a los publicanos y ramera. Inmersos en la iniquidad, estos escucharon las severas denuncias de Juan el Bautista, e inclinaron sus

corazones en verdadero arrepentimiento ante Dios. Cuando el ministerio de gracia del Salvador alcanzó sus oídos ellos dieron la bienvenida a éste, y de esta forma vinieron a ser verdaderos herederos del reino. El hijo que había prometido obediencia, pero no la cumplió representa a los sacerdotes y Fariseos. Estos, empapados de religión, y profundamente menospreciadores de "publicanos y pecadores", eran de hecho los verdaderos hipócritas. Nada podía ser más incisivo que las palabras del Señor concernientes a ellos en otra ocasión: *"Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen y no hacen"* (Mt.23:3). Para tales hombres, ninguna sentencia puede ser más justa que ésta: *"De cierto os digo, que los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios"*.

La parábola levanta los más serios pensamientos en las mentes de los hombres de hoy. A nuestro alrededor hay quienes, "profesan y se llaman a sí mismos cristianos", son líderes y no pocos pastores. De todos ellos Dios demanda realidad. Hechos, y no palabras, son Sus santas demandas. Un piadoso "Señor, Señor", no puede engañarlo a Él. Verdadera fe en el nombre del Salvador y en Su sangre derramada produce santidad, separación del mundo, y consagración a la voluntad de Dios revelada en las Escrituras. Donde estas cosas no se ven, la profesión de fe es meramente fingida y falsa, la que puede ser aceptada por los hombres en el mundo presente, pero que será plenamente expuesta en otra escena. Aunque esto parezca sorprendente, es sin embargo verdadero que aunque una persona puede ser religiosa, puede a pesar de ello perderse para siempre. Pero es igualmente verdad que multitudes de los más viles de la tierra se encontrarán en la bendición de la casa del Padre cuando el momento para la reunión llegue. La misma vileza de estos últimos los ha dispuesto para buscar el rostro del Señor, y beneficiarse a sí mismos de Su gran salvación. Como el ladrón crucificado que dijo, *"Señor, acuérdate de mí"* su clamor de arrepentimiento ha sido escuchado, y el perdón divino le ha sido concedido plena y gratuitamente. La salvación es completamente de gracia, y ésta es la feliz porción de cada verdadero creyente, dondequiera que se encuentre.

LOS LABRADORES MALVADOS

El Salvador estaba plenamente consciente, durante Su última visita a Jerusalén, que la conspiración era amplia, y que los líderes de Israel estaban planeando Su muerte. En esta sorprendente parábola, registrada por Mateo, Marcos y Lucas, Él expone sus designios plenamente. Esto exasperó a Sus enemigos de manera que ellos querían poner sus violentas manos sobre Él, pero temían al pueblo (Mt. 21:46).

La parábola de los labradores, aunque directamente contra los líderes, nos presenta toda la historia de Israel desde el día que Dios comenzó a favorecerlos. Su hermosa herencia es asemejada a una viña, conteniendo cada cosa que debía conducir a la siega de un abundante fruto. En oriente el alquiler es pagado, no sólo con dinero, sino con frutos. Pero Dios miraba en vano por algo de Israel (Mt. 21:33-41). Ocho siglos antes de la venida de Cristo, Él se había lamentado de este modo: "*¿Qué más se podía hacer a mi viña que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando yo que diese uvas, ha dado uvas silvestres?*" (Isa. 5:4). Nada sino la más baja ingratitud y el pecado fue siempre aquello con lo que Israel pagó los favores con los cuales Dios los había bendecido. Violencia y asesinato fue el trato que recibieron los mensajeros: a unos apedrearon y a otros mataron. Esteban les dijo severamente, "*¿A cuál de los profetas vuestros padres no persiguieron?*" (Hech. 7:52). El clímax del insulto e iniquidad fue alcanzado cuando el Hijo vino y ellos dijeron entre sí: "*Éste es el heredero, matémosle, tomemos su herencia*", dentro de una semana estas palabras recibieron su cumplimiento. El Hijo de Dios estaba muerto en una tumba.

La historia de Israel es la historia del hombre en todo lugar. En su registro vemos nuestros propios corazones reflejados. Perdemos todo el valor moral de la parábola si fallamos en percibir esto. Caído como está el hombre es completamente estéril para Dios; y lo que es peor, su corazón está lleno de antagonismo contra Dios y Su Hijo. Las palabras del apóstol en cuanto a esto en Rom. 8:7-8 son muy arrolladoras, "*La mente carnal es enemistad contra Dios, porque no se sujeta a la ley de Dios, y tampoco puede hacerlo. Porque los que están en la carne no pueden agradar a Dios*". Nada es de valor sino una nueva creación por medio del Espíritu y la Palabra.

En respuesta a la pregunta del Señor en cuanto a lo que debía hacerse con tales labradores, sus oyentes pronunciaron su propia sentencia. "*A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores que le paguen el fruto a su tiempo*". Pero ellos deseaban la herencia para sí mismos, aparte completamente de la interferencia y demandas divinas; ellos tendrían entonces la destrucción. La Piedra que los edificadores rechazaron debía venir a ser la cabeza del ángulo, y llegaría el día cuando esta Piedra caería con violencia sobre los transgresores, y los haría polvo (Mt. 21:42-44). Aun la paciencia de Dios tiene su límite.

El juicio del estéril Israel ya ha caído, el juicio de la Cristiandad infiel se está acercando rápidamente. De éste no hay escape para ninguno, sino por medio de la fe en el nombre del Salvador y en Su preciosa sangre expiatoria.

EL MATRIMONIO DEL HIJO DEL REY

Esta parábola, diferente a la de los Labradores, es una similitud del reino de los cielos. La parábola anterior nos da la historia de Israel bajo la ley; la última nos describe su conducta en presencia de la gracia divina. En una, Dios es representado como demandando (como estaba autorizado a hacerlo); en la otra, Él invita a una fiesta. Tomadas juntas, ambas parábolas muestran el completo fracaso de la carne en conexión con la ley y la gracia. Tal es el hombre que si Dios le pide algo, éste no se lo dará; y si Dios le ofrece algo no lo aceptará.

"Un rey hizo fiesta de bodas a su hijo" (Mt. 22:1-14) El rey es Dios; el hijo es el Señor Jesús. Destacablemente la esposa no figura en la parábola, todo está ordenado para el placer del hijo. Éste es el principio sobre el cual Dios está actuando en Sus actuales tratos con los hombres. Al enviarnos la salvación, con su inestimable bendición por la eternidad, Su primer objeto es dar gozo y honor a Su amado Hijo, en quien se centran todos los consejos divinos. Pero los hombres no tienen ninguna consideración por Dios o por Su Hijo; de allí que la parábola hable de dos invitaciones completamente rechazadas. Hay aquí dos misiones distintas a Israel; una antes, y otra después de la cruz del Calvario. La segunda fue rechazada con violencia hacia los mensajeros; ellos *"los afrentaron y los mataron"*. Los hijos de aquellos que mataron a los profetas del Antiguo Testamento trataron de igual forma a los apóstoles en el Nuevo Testamento. Pedro, Juan, y Pablo experimentaron su crueldad. Mientras Esteban y Jacobo fueron asesinados por ellos. Nuestro Señor dio una nueva advertencia en cuanto a todo esto en Mt.23:34. A esto sigue el juicio, como lo predijo la parábola. Los ejércitos del rey (en este caso los Romanos, bajo Tito) destruyeron a los asesinos y quemaron su ciudad. Compare Lc.21:20-24.

Pero la bondad del rey no se apagó por la ingratitud y mal de los primeros invitados. Conforme a esto los siervos fueron mandados a ir a las salidas de los caminos y traer todo lo que ellos podrían encontrar *"buenos y malos"*. De este modo la gracia de Dios, rechazada con desprecio por Israel, es extendida a los Gentiles. *"Todo aquel"* es ahora el gran grito del evangelio. El amor divino hacia el mundo es ahora proclamado sobre la base de la sangre expiatoria de Cristo. Pero todo no es justo con estos Gentiles llamados. *"Y entró el rey para ver los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda"* (v.12) Una indiscriminada reunión de personas en las carreteras o caminos no podía esperarse que poseyeran los vestidos adecuados para un banquete real, ropas de boda por tanto les han sido provistas. El individuo sobre el cual el ojo del rey se ha detenido se atrevió a afrentar al rey por aparecer en vestidos propios; él

pensaba muy altamente de su propio vestido como para poner a un lado los vestidos que se le ofrecían, y también despreciaba demasiado lo que convenía a la presencia del rey como para vestirse con los vestidos de boda. Este hombre es representante de una clase. En su presuntuosa ignorancia del vestido de boda él es el prototipo de hombres religiosos destituidos de Cristo. Todos estos se jactan de su propia justicia en lugar de someterse a la justicia de Dios (Rom.10:3). Si Dios en Su infinita misericordia no abre sus ojos para que vean su verdadera posición, las tinieblas de afuera con el lloro y el crujir de dientes debe ser su porción para siempre: la inspección del rey de los que profesan haber aceptado Su llamado puede estar más cerca de lo que alguno pueda suponerlo.

LAS DIEZ VIRGENES

Esta parábola describe proféticamente la conducta de los cristianos profesantes en relación con la esperanza de la venida del Señor. Es muy cierto que cuando el Hijo de Dios subió a la casa del Padre, dejó detrás de Sí la promesa de volver, y Él mismo llevar a casa a todos aquellos por quienes Él murió (Jn.14:3). Por el cumplimiento de esto, todos debiesen haber esperado con ferviente deseo.

Entonces el reino de los cielos es asemejado a diez vírgenes, que tomaron sus lámparas, y salieron a esperar al esposo. Cinco de ellas eran prudentes, y las otras cinco insensatas (Mt.25:1-13). El Cristianismo es un orden de cosas celestial. Cuando éste realmente ocupa el corazón de un hombre lo pone completamente fuera de este presente mundo malo con su rostro hacia la gloria de Dios. El hecho que el Salvador no esté más aquí ha despojado al mundo de interés para el cristiano. Como extranjero aquí abajo, él espera por la venida de Cristo desde arriba. Es el incesante deseo de Satanás de pervertir el carácter celestial del Cristianismo, de allí los cargos y empleos terrenales con que los líderes religiosos llenan las mentes de los que les siguen —bazares, conciertos, y cosas semejantes.

Las vírgenes son divinamente divididas en dos compañías —las prudentes y las insensatas; la diferencia esencial es que unas tomaron juntamente con sus lámparas aceite, y las otras no. El aceite es el emblema del Espíritu Santo, que es el gran don de Dios a todos los que creen en el evangelio (Efes.1:13). Aquel que no tiene el Espíritu no es en verdad un cristiano, cuales sean sus pretensiones (Rom.8:9) "*Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron*". La esperanza de la venida del Señor por Su pueblo que hacía arder las almas de los creyentes en los días del apóstol se ha perdido cuando los apóstoles no estuvieron más aquí: Desde ese tiempo los hombres en la Cristiandad han hablado sólo del día de juicio al fin de todas las cosas. El Te Deum con otros escritos antiguos, reconoce esta solemne verdad, pero del descenso del Salvador a los aires para tomar a Sus santos no hay ninguna traza en lo que nos queda de la literatura de

los primeros siglos

Pero el clamor de medianoche ha salido. El siglo 19 ha sido testigo del avivamiento de esta esperanza. De un extremo al otro de la Cristiandad el clamor ahora resuena: "*He aquí el esposo, salid a recibirle*". Bajo el poderoso impulso del clamor de medianoche multitudes de verdaderos creyentes —"*vírgenes prudentes*" se han levantado, y se han sacudido de asociaciones terrenales, religiosas y de otra clase, y han retomado la actitud de espera original de la Iglesia de Dios. Las vírgenes insensatas también están llenas de actividad, aunque en una dirección errada. Realizando que a veces algo está faltando, éstas están redoblando su celo religioso con la esperanza de adecuarse a sí mismas por medio de éstas para la presencia del Esposo. Sacramentos y formalidades de cada forma son su confianza y apoyo.

Nuestra parábola nos muestra que cuando el esposo vino, "*Y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta*". Luego, la preparación consiste, no en atención a las formalidades religiosas, sino en la sincera fe en el nombre del Salvador, y en Su sangre expiatoria. Sólo aquellos de quien esto es verdadero se encontrarán en el lado justo de la puerta, cuando ese momento crítico llegue. Las de afuera llamarán en vano: "*¡Señor, Señor ábrenos!*" Pero sólo una respuesta es posible: "*De cierto os digo, que no os conozco*". Creyentes verdaderos y nominales, vírgenes prudentes e insensatas son semejantes en su profesión, pero el retorno del Señor manifestará claramente cuán profundo es el abismo moral que realmente separa a una clase de la otra.

LOS TALENTOS

Esta parábola tiene una voz para todos los que tienen la posición de siervos de Cristo durante Su ausencia en el cielo. Él se asemeja a Sí mismo a "*Un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos, y les entregó sus bienes*" (Mt. 25:14-30). El único verdadero motivo para el servicio a Cristo es afección por su Persona. La salvación es solamente por gracia; es la compra de Su sangre, y ningún hecho piadoso ni servicio tiene que hacer algo con ésta. Aquel que se atreve a servir a Cristo en cualquiera capacidad aparte de la apreciación de Su sangre, y amor a su Persona, sólo emprende aquello que traerá juicio sobre su cabeza en el gran día.

La soberanía del Señor se ve en que a uno le fueron confiados cinco talentos, a otro dos, y finalmente a otro uno —"*A cada uno conforme a su capacidad*". De este modo Apolos no fue tan ricamente dotado como Pablo, pero ambos han sido igualmente responsables en hacer lo mejor que ellos pudiesen con lo que se les confió. Este principio se aplica todavía. Ningún verdadero testigo de Cristo debe lamentarse por la pequeñez de sus dones, "*Porque si primero hay la voluntad dispuesta, será acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene*" (2ª Cor.8:12). Algunos de los siervos de la parábola, habiendo recibido sus

talentos, fueron y negociaron con ellos. ¿Qué necesidad había para esperar? De igual forma, aquellos que en nuestros días han recibido calificaciones de Cristo son solemnemente responsables para ir y usarlas, sin pedir permiso de ningún hombre. La noción de una ordenación oficial ha sido una gran desgracia, para decir lo menos, del ministerio Cristiano por siglos. Romanistas, Griegos, Disidentes concuerdan en la ficción que ordenación es una cosa necesaria antes de que un hombre pueda poner sus manos en las cosas sagradas. El resultado práctico de esto es que muchos que son establecidos como siervos de Cristo nunca han conocido su salvación, y que son en consecuencia estorbos para la acción del Espíritu de Dios mientras otros de un tipo más espiritual son desacreditados como no estando autorizados. La Escritura en ninguna parte afirma la necesidad de una señalación u ordenación oficial para predicar la palabra de Dios, aun menos para "la administración de los sacramentos". Ancianos y diáconos fueron apostólicamente ordenados, pero estos oficiales no tienen nada que hacer directamente con el ministerio público: la obra de uno fue gobernar y visitar; y la del otro el cuidado de las viudas, etc. Cuando Juan, en su segunda epístola, advirtió a la señora elegida contra maestros heréticos, él no le mandó que examinara sus credenciales, sino que probara sus enseñanzas. Pablo se gloriaba de que era un apóstol, no de hombre, ni por hombre (Gál.1:1). Ningún hombre tiene nada que hacer con el llamado al servicio.

Cuando el señor de la parábola retornó, llamó a sus siervos, y arregló cuentas con ellos. De igual forma será con el Señor Jesús, a Su venida, Él investigará los hechos de los que han profesado servirle durante Su ausencia. El hombre que había recibido cinco talentos fue llamado primero, como siendo el más responsable. Éste había ganado cinco talentos más, y fue recompensado con el reconocimiento y encomendación de su señor. El hombre que había recibido dos, había ganado otros dos. Su encomendación y alabanza fue palabra por palabra la misma de su más privilegiado hermano. Cada uno había hecho lo mejor con los bienes de su señor. Y cada uno por tanto fue invitado a entrar en el gozo de su señor. Bendición con Cristo es el feliz fin de toda verdadera labor por Su nombre. El hombre que había recibido un solo talento fue arrojado a las tinieblas. Éste representa a los predicadores no convertidos de la Cristiandad, cuyos corazones nunca han sido encendidos por el amor de Cristo, y quienes por tanto no pueden deleitarse en agradarlo a Él. Motivos indignos explican esta posición pública, y el evitar los deberes como el hombre de nuestra parábola. Aunque los tales puedan hablar en lenguas de hombres y de ángeles, su predicación no es sino sólo sonidos a los oídos divinos. Si Dios en Su misericordia no los guía al arrepentimiento, el destino de Balaam debe ser el de los tales para siempre.

EL LABRADOR QUE SE ACUESTA Y LEVANTA

"Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra; y duerme y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo. Porque de suyo lleva fruto la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga; y cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado" (Mr.4:26-29). Esta parábola es peculiar al segundo evangelista. Su punto es la no intervención del Señor del campo con el curso exterior del Cristianismo. El mismo fue el que comenzó el presente testimonio de gracia y bondad de Dios, en persona durante Su humillación y por medio del Espíritu Santo después que Él hubo ascendido a lo alto. Los evangelios nos hablan de Sus labores personales. Marcos concluye con la declaración que después de Su partida los discípulos continuaron el testimonio, *"Ayudándoles el Señor"*.

Él de este modo ha *"echado la semilla en tierra"*, y los resultados son dejados a la responsabilidad del hombre. La recepción que ha sido concedida a la semilla del evangelio es plenamente detallada en la parábola del Sembrador. Gran parte de este campo y siembra ha sido improductivo a causa del mal del corazón humano. Pero allí el Señor no interfiere. Él queda quieto por el presente en la gloria de Dios. La aparente indiferencia del Señor del campo ha sido frecuentemente causa de perplejidad incluso para los piadosos. Ellos han sido testigos de que los excelentes de la tierra han sido echados a los leones por los paganos, y torturados en la Inquisición, y quemados por los líderes religiosos de la Cristiandad, y sus corazones angustiados se han maravillado ante el silencio del cielo. Los ángeles no han aparecido para liberar a los oprimidos como en el caso del encarcelado Pedro, y ningún milagro se ha realizado como en lo relacionado con los tres jóvenes Hebreos en el horno de fuego. *"¿Hasta cuándo Señor?"*. Ha sido el agonizante grito de los que se han maravillado ante el triunfo del mal, especialmente en la esfera religiosa.

Por ahora, se acepta que las cosas sigan su propio curso. Pero que ningún propósito de Dios fallará al final es claro de nuestra parábola. Fruto muy ciertamente será producido para Dios en el mundo, *"Primero hierba, luego espiga, después grano lleno"*. Cual sea el aparente giro de las cosas, el evangelio está indudablemente ganando verdaderos corazones para el Salvador que murió y resucitó. Y Él mismo se rodeará de tales personas en la casa del Padre con el pleno fruto de Su gran sacrificio en el Calvario.

Cuando el tiempo de la siega llegue, su actitud de no intervención será abandonada y Él actuará en poder. Entonces *"aplicará la hoz"*. En ese día Él discriminará, diferenciará, como sólo Él puede hacerlo, entre los que en verdad aman Su nombre, de los que no le aman. Para los Suyos está preparado un lugar en la gloria arriba, para todos los otros, cual haya sido su profesión religiosa o estatus eclesiástico está reservada la oscuridad para siempre.

LOS DOS EDIFICADORES

Mateo y Lucas nos presentan esta parábola que escruta el corazón al final del sermón sobre el monte. Multitudes han escuchado Su enseñanza con maravilla y asombro. Sus palabras de gracia los han atraído, y Su tono de autoridad (diferente al de los escribas) producía al menos su respeto. A su estimación *"Jamás hombre alguno habló como este"*.

Pero el corazón humano es deplorablemente voluble e irreal. Este guía al hombre a escuchar, y aun a aprobar lo que ellos escuchan, y aun así no obedecen el mensaje celestial. De allí la importancia de la parábola de los dos edificadores, *"Todo aquel que viene a Mí, y oye mis palabras y las hace, os indicaré a quien es semejante. Semejante es al hombre que al edificar una casa cavó y ahondó y puso el fundamento sobre la roca"* (Lc.6:47-48). El hombre que escucha permanece en una posición completamente diferente a aquel que no escucha. El último es completamente indiferente, el anterior da más o menos atención a las cosas que son eternas. Excepto su único fundamento sea la enseñanza del Hijo de Dios, él no tiene nada de valor cuando la tormenta del juicio divino llegue. "Lejos con Cristo" es el grito hoy. Bien, que sea así; pero ¿Qué nos dice Cristo? En Jn.3:5, Él insiste sobre la necesidad de cada hombre de nacer de nuevo; en el mismo capítulo (v.14) Él declara la absoluta necesidad de Su sacrificio expiatorio y después procede a mostrar (v.16) que el corazón de Dios ha proveído lo que el trono de Dios demandaba, *"De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a Su Hijo Unigénito"* Sus propios labios nos han dicho también que el futuro eterno de cada hombre depende de su actitud hacia Él. "Lejos con Cristo", si realmente significa algo, debiese guiar a los hombres a inclinarse a Sus pies en humilde reconocimiento de Su persona y sacrificio. Todos los que han tomado este feliz lugar han puesto su fundamento sobre la roca, y para ellos el juicio de Dios, aunque terrible, no los alarma.

"Mas el que oyó y no hizo, semejante es al hombre que edificó su casa sobre la tierra, sin fundamento; contra la cual el río dio con ímpetu, y luego cayó, y fue grande la ruina de aquella casa" (v.49). De este modo gráficamente el Señor describe todo el colapso de todas las esperanzas de los que no han edificado sobre Sus palabras. El cielo está silencioso hoy, ningún relámpago sale de allí para arrojar al culpable a la angustia eterna como prueba del terrible huracán de ira divina que caerá dentro de muy poco tiempo, que revelará indisputablemente dónde los hombres están realmente. Cada estructura irreal temblará y caerá. La más hermosa forma exterior y religiosa no escudará a quienes no han, como pecadores perdidos puesto su confianza en el Salvador, y Su preciosa sangre. Como el profeta declaró por edades atrás: *"Y ajustaré el juicio a cordel, y a nivel la justicia; y granito barrerá el refugio de la mentira, y aguas arrollarán el escondrijo"* (Isa.28:17). Feliz, eternamente feliz, es el hombre que ha edificado sobre Cristo, el Hijo de Dios. Este fundamento permanecerá, y sólo éste.

LOS DOS DEUDORES

El Salvador estaba sentado a la mesa en la casa del Fariseo. Su espíritu estaba entristecido en ese momento. Él había tenido la oportunidad para reprender a los hombres de Su generación por su indiferencia a Juan el Bautista y a Él mismo. El firme ascetismo del precursor los irritó de manera que ellos dijeron que Juan tenía demonio; y la bondad y gracia del Salvador los ofendió hasta el punto de que lo llamaron un bebedor de vino y amigo de públicos y pecadores (Lc.7:31-35).

Algo para refrigerar Su corazón habría sido profundamente apreciado en ese momento. Pero Él no debía recibir esto de manos de su anfitrión. Éste en su deplorable ceguera estaba completamente inconsciente de lo que tenía en su casa aquel día. Su Dios estaba allí, pero él no lo sabía. Aun así él era un hombre religioso —un ultra religioso en verdad. Su huésped, era, a sus ojos, simplemente un predicador itinerante, a quien podía ser bueno ofrecerle algo de comida. Si se le hubiese ocurrido que Aquel hubiese podido ser un profeta, pero este pensamiento lo desechó cuando notó la conducta de su huésped en su casa. Tan poco estimaba él a su huésped que ni siquiera le ofreció las usuales cortesías de oriente —agua para sus pies, etc. Verdaderamente no hay nada tan cegador y vacío como la religión formal.

Pero de pronto una mujer de la ciudad —una infiel paria de las calles— entró al escuchar que Jesús estaba allí. Su alma estaba cargada. El pecado estaba pesadamente sobre ella. Pero ella discernía en Jesús al Salvador de los pecadores. Sea que Él conviniese a otros o no, poco le importaba a ella; a un alma cargada con culpabilidad de manera que Él era justo al que necesitaba. Ningún otro en el universo podía ayudar en su caso. Ella había escuchado de Su gracia hacia los pecadores, y su corazón fue atraído. Ninguna restricción ella permitiría que le estorbara en su camino. Ella lo buscaba a Él, y lo expresaba no en palabras, sino en hechos, su interés personal en Su gracia salvadora. Para el profundo disgusto del anfitrión ella dejaba caer sus lágrimas sobre los pies del Salvador, y los secaba con sus cabellos, y los besaba fervientemente, y los ungía con unguento.

El Señor, consciente de lo que estaba pasando en la mente del fariseo, volviéndose a él le dijo: "*Simón, tengo algo que decirte. Había cierto acreedor que tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta, y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál le amará más? Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquél a quien perdonó más. Y él le dijo. Rectamente has juzgado. Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos*" (Lc.7:42-44). A tal parábola sólo una respuesta era posible, y la aplicación era evidente. El registro de los pecados de cada hombre es siempre vil, por lo que no hay lugar para jactarse, ya que todos

han pecado y han sido destituidos de la gloria de Dios. Por tanto, mal conviene a uno menospreciar a otro. Cada uno debiese ser aconsejado a buscar la gracia perdonadora para sí mismo.

Volviéndose a la mujer, el Salvador dijo: "*Tus pecados te son perdonados*". Él había descendido del cielo para salvar a personas como ella, y Él estaba en camino al Calvario para expiar su culpabilidad. Nunca otra vez ella será contada entre "miserables pecadores"; aun después de esto sus labios dirán con gratitud, "Creo en el perdón de los pecados y en la vida eterna. Amén".

EL BUEN SAMARITANO

Esta tocante parábola fue relatada por el Salvador como una reprensión a uno que buscaba reparos o poner peros, quien le había preguntado qué debía hacer para heredar la vida eterna (Lc.10:25-37). A un sincero inquiridor, Él le habría respondido que la vida eterna es el don de Dios a los que creen en el Hijo; pero a uno que venía con tales motivos, sólo podía hablarle de la ley del Sinaí. No humillado y sin arrepentimiento (aunque un profesional exponente de la ley divina) Su inquiridor le preguntó, "*¿Y quién es mi prójimo?*" Esta parábola fue entonces dada, y no sólo como una respuesta completa a la pregunta, sino que también muestra en una vívida forma la completa y absoluta condición arruinada del hombre tal como Dios la ve. Nadie que comprende la parábola del Buen Samaritano trataría de obtener la vida eterna por medio de obras meritorias de alguna forma

El hombre que descendía de Jerusalén a Jericó, y que experimentó tan desastrosa jornada es un carácter representante, en él cada hombre puede verse en su retrato moral, si él quiere. Es locura hablar del progreso humano; el curso del hombre ha sido en retroceso aun desde la caída en Edén; él ha caído en manos de una multitud de males, que lo han despojado de lo que una vez fue su hermosa ropa de inocencia, dañándolo moralmente al hacer así. Su condición es desesperanzadora en lo que concierne a la ayuda de la criatura

Dos personas han pasado junto a él en el camino y visto en su triste estado, uno un sacerdote y el otro un Levita.; pero ninguno ofreció ayuda alguna. Todavía la misma ley enseñaba que si aun un asno de un enemigo, si estaba gimiendo bajo su carga, debía ser socorrida (Éx.23:5). Pero ¿Por qué el Salvador seleccionó, de las muchas clases y rangos de los hombres, a un sacerdote y un Levita como aquellos que no hicieron nada por el moribundo? Ciertamente para enseñarnos la completa incapacidad del sistema que estos caracteres representan para satisfacer las necesidades del hombre arruinado. La tarea del sacerdote era con las formas y las ceremonias religiosas, y el Levita era responsable de instruir al pueblo en la ley de Dios; aun así, ambos son representados por una mano divina como no haciendo nada por el hombre en su hora de peligro mortal. ¡Qué lección para Israel hay aquí! Aun así, poca atención ha sido dada a esto que en esta

misma hora multitudes acuden en busca de salvación, algunos van a sacerdotes, otros a moralistas, para poder satisfacer su profunda necesidad. El error es penoso contemplarlo.

"Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia y acercándose, vendó sus heridas echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él" De este modo gráficamente el Salvador describe Su propia misión de gracia. Él venía desde la gloria, e iba hacia el Calvario, donde Él inclinó Su cabeza en muerte como una expiación por la culpabilidad del hombre. El hombre estando justamente bajo sentencia de muerte, Él necesariamente debe sufrir y morir para levantarlo de su degradación y ruina. Los Judíos una vez lo llamaron Samaritano en menosprecio (Jn.8:48); en nuestra parábola Él humildemente acepta este título. Aun así, el menosprecio del hombre no podía secar las fuentes de Su gracia, de allí Su provisión de aceite y vino, tipificando la aplicación del Espíritu al alma y de la eficacia sanadora de Su preciosa sangre. En el cuadro ante nosotros tenemos al hombre, curado, llevado y cuidado en cada forma. Hay todavía un aspecto más alto de la gracia salvadora al pecador llevado a la presencia del Padre, para ser para siempre un participante de los goces divinos. Pero esto se nos muestra en la última parábola, la del hijo pródigo.

EL MÁS FUERTE QUE EL HOMBRE FUERTE

Se ha sugerido por algunos que el poder por medio del cual el Hijo de Dios obraba en este mundo era el poder de Beelzebú. La sugestión fue absurda como blasfema. Pero ésta daba al Salvador una oportunidad para mostrar la relación del hombre y Satanás como el fruto de la caída, y Su propia relación hacia el enemigo como habiendo venido desde el cielo para libertar y bendecir al hombre. Él dice lo siguiente: *"Cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio, en paz está lo que posee. Pero cuando viene otro más fuerte que él y le vence, le quita todas sus armas en que confiaba, y reparte el botín"* (Lc.11:21-22). El hombre fuerte es Satanás; el más fuerte que éste es el Hijo de Dios, *"el palacio"* de Satanás es el mundo como es ahora, *"sus bienes"* son los hombres y las mujeres que moran en éste. La posición es terrible, aunque las personas no se den cuenta en la posición que están. La rebelión del hombre contra Dios le ha dado la independencia a la que él aspiraba; pero ésta más bien lo ha reducido a la esclavitud a Satanás. El mismo Señor en tres ocasiones habló del enemigo como *"el príncipe de este mundo"*.

La ciega ansiedad con la cual los hombres prosiguen sus codicias y placeres, algunas decentes y otras indecentes, es suficiente prueba del dominio de Satanás sobre ellos. Aun así, ninguna satisfacción se encuentra en el dinero o el esfuerzo, y aunque su última consecuencia es claramente ruinoso, los hombres se apresuran a ellas descuidadamente. De hecho, si ellos desearan librarse ellos

mismos de los trabajos del destructor, ellos no tienen poder para lograrlo, Satanás no tiene nada que temer del forcejeo de sus cautivos, aunque estos sean desesperados. Su dominio es firme; antiguo; y sus recursos están más allá de algo conocido a los hijos de los hombres.

Pero Cristo ha venido. Desde el seno del Padre vino, como la viva expresión de Su compasión por los desgraciados y perdidos. Escuchémoslo proclamando esto, el carecer de Su misión, en la sinagoga en Nazaret. "*El Espíritu del Señor está sobre Mí, porque Él me ha ungido para predicar libertad para los cautivos*" etc. (Lc.4:18) Antes de que pueda haber libertad, Él debía enfrentar al hombre fuerte y vencerlo. En el desierto, Él lo ató; y en la cruz lo quebrantó. Al someterse a la muerte por un breve momento, Él anuló el poder de Satanás. Su resurrección es la gloriosa prueba de Su completo triunfo sobre todo el poder del enemigo. La libertad está, en consecuencia, disponible para todos. Ninguno necesita permanecer por una sola hora bajo el dominio del hombre fuerte. El clamor de angustia ciertamente será escuchado, perdón y vida eterna serán libremente concedidos a todos los que creen en el Hijo. El alma es de este modo es libertada para siempre.

En el mismo discurso el Salvador da expresión a la parábola conectada del espíritu inquieto (Lc.11:24-26). Éste es el caso de uno de quien el espíritu inmundo había salido (no echado), sólo para retornar después con siete espíritus peores. Dispensacionalmente, ésta es la historia de la nación de Israel, de la cual el demonio de la idolatría salió después de la cautividad en Babilonia, con la certeza que retornará en su más mala forma en el día del Anticristo (Mt.12:45). El Cristo de Dios habiendo sido desconocido en Sion, "*La abominación desoladora*" está destinada a ser establecida en el lugar santo de Israel (Mt.24:15). La reforma es insuficiente, sea para la nación o los individuos, en éste o en algún otro día. De nada vale esto para poner al alma lejos del poder del enemigo. Viva fe en Aquel que murió y se levantó de entre los muertos sólo puede ser efectiva para satisfacer las necesidades humanas.

EL RICO NECIO

Algunos habían recién apelado al Salvador en lo concerniente a una disputa acerca de una propiedad. Él no quiso intervenir, esta materia era extraña a Su misión en ese tiempo. Él había venido del cielo, no para ajustar los males que había y hay aún en el mundo, sino en amor a buscar las almas de los hombres. Lo torcido ciertamente será enderezado por Su mano, pero en otra era. Para esto Él debe volver de Su actual lugar en lo alto. Pero mientras tanto, Aquel que nunca perdió una oportunidad para tratar con las conciencias de los hombres concernientes a las cosas invisibles y eternas, usó esta oportunidad para advertir a Sus oyentes contra la absorción con los asuntos de este mundo. Para presentar esto más fuertemente Él añadió la familiar parábola del rico necio (Lc.12:13-21)

El mundo jamás ha estado sin estos caracteres que describe el Salvador. Su omnisciente ojo había observado algo semejante repetidamente. Los hombres hacia quienes el Creador ha sido especialmente bondadoso, y sobre quienes ha amontonado bendiciones en abundancia, y que han usado estos favores sólo para excluirlo completamente de sus pensamientos. El hombre rico de nuestra parábola estaba estorbado en relación con sus bienes. Su granja había dado demasiado fruto, de tal forma que sus graneros no eran suficientes para guardarlos, de manera que graneros más grandes debían levantarse. La posibilidad de alguna dificultad levantada en conexión con sus proyectos nunca vino a sus pensamientos, él estaba demasiado confiado en sí mismo. Conforme a ello, se dirigió a sí mismo de este modo: *"Y diré a mi alma: alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate"*. Ningún pensamiento acerca de Dios, ni acerca de la eternidad, se encuentra en esta necia forma de pensar. Para él este mundo era todo, y confiadamente esperaba cogerse de él y gozarlo indefinidamente.

Debiese haber recordado que, para el hombre, diferente que para las bestias, hay una vida más allá de la muerte y de este mundo; y que hay que encontrar a Dios, a quien debe dársele cuenta, la palabra divina para él y para esta forma de pensar es, *"Necio"*. Éste es el epíteto de Dios, no el del hombre. Ciertamente éste no es un término demasiado fuerte para aplicarlo a uno que ignora absolutamente sus posesiones. El que no piensa en nada sino sus pocos años en este mundo, en completo olvido de las edades y edades que están más allá, es realmente un necio. En Lc.16 el Salvador saca a un lado el velo, y nos muestra los tormentos de uno para quien este mundo ha sido todo. Él hizo esto en misericordia, como una advertencia para los hombres en las edades sucesivas

La cuestión fue recientemente preguntada concerniente a la partida, muerte de un millonario "¿Cuánto dinero dejó?" La solemne respuesta fue dada: "¡él dejó todo!" Así ha sido con el necio de nuestra parábola al cual Dios dijo: *"Esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?"* Una materia de poca importancia al poseedor original cuando las puertas de la

muerte se hayan cerrado sobre él. Comprender entonces que un supremo error ha sido cometido es casi también terrible de contemplar. Para tener nuestros ojos abiertos a la realidad de las cosas es necesaria la humilde fe en Dios y Su amado Hijo. Ésta es vida realmente.

EL RETORNO DEL SEÑOR

El Salvador frecuentemente habló a sus discípulos de Su partida y retorno, y les indicó a ellos dos cosas que debían caracterizarlos a ellos en Su ausencia — velar y trabajar. Velar es la actitud que se describe en Lc.12:35-36 de este modo: *"Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran enseguida"*. Esta actitud fue tempranamente abandonada por la Iglesia. Cuando la Iglesia se hizo mundana, ella perdió el toque y la influencia de la verdad del retorno de su Señor, y se estableció aquí abajo en gozo, comodidad y honor. Habiendo de este modo olvidado su llamamiento celestial, ella cayó en el error de que su misión era mejorar el mundo; y en la prosecución de este objeto vino a ser ciega para percibir que su imaginación no iba a ser realizada, y que en lugar de eso era el mundo quien la estaba corrompiendo a ella.

El Señor en Su gracia ha reavivado la esperanza perdida en estos últimos años, con el feliz resultado que muchos hoy están esperando con fervor por su retorno. Velar es necesariamente el fruto de la afección, y esto, el ausente Señor lo valora más que los costosos sacrificios o labores. El carácter más alto posible de recompensa es puesto ante los que velan: *"Él se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles"* (Lc.12:37). Cada corazón creyente aprecia el prospecto de servir a Cristo eternamente con perfección de servicio que es imposible por ahora; aquí tenemos otro pensamiento completamente diferente — y uno de mayor deleite— que Él condescenderá en servirnos. Su gozo será para siempre ministrar para la felicidad de aquellos que Él ha redimido con Su sangre.

Trabajar tiene su lugar como el velar. La salvación es sólo por gracia, las obras no tienen nada que hacer con ésta. Su base es la obra expiatoria del Señor Jesús. Pero la realización de esto incita al alma a una sincera labor por causa de Su nombre. Concerniente al obrero diligente, el Señor ha dicho: *"Le pondrá sobre todos sus bienes"* (Lc.12:44). Este honor es grande —demasiado grande. Realmente, para que el más espiritual lo comprenda en su extensión por ahora; pero es completamente un carácter más bajo de recompensa que lo que está guardado para los que velan. Trabajar por Cristo es bueno; velar por Cristo es mejor.

El Señor después procede a hablar del siervo malo que dice en su corazón, *"Mi señor tarda en venir"* y que, a causa de ello, golpea a sus consiervos y sale de juerga con los borrachos (Lc.12:45). Es el falso religioso que dice "Señor, Señor",

pero no tiene en mente hacer lo que Él dice. A los tales el Señor no sólo desconocerá, sino que destruirá a Su venida. En Su obra de juicio Él diferenciará entre los que conocen Su voluntad, y quienes no la conocen. Ésta es justamente la diferencia entre, el profesante cristiano y el pagano. El mal, dondequiera que se encuentra, debe ser necesariamente juzgado; pero la responsabilidad es medida en conformidad a lo que los hombres conocen de Dios y Su palabra (Lc.12:47-48). Sobre este equitativo y justo principio no debemos maravillarnos si los más pesados golpes de la mano divina caen sobre Gran Bretaña cuando la hora del juicio haya llegado.

LA HIGUERA EN LA VIÑA

La historia de Israel es la historia del hombre. Los tratos especiales de Dios con esa nación han servido para mostrar el incorregible mal de la naturaleza humana. Probado en cada forma, dotado con cada posible e imaginable privilegio, rodeado con atenciones y cuidados divinos, el hombre está en un desesperanzador fracaso; él no presenta ningún fruto para Dios. La parábola de la higuera en la viña muestra esto claramente. La ciudad de Jerusalén había recién experimentado una penosa conmoción. El gobernador Romano, Pilato, había matado salvajemente a un número de galileos, que habían ido hasta allí para ofrecer sus sacrificios. Algunos contaron esto al Señor Jesús, deseando escuchar de Él alguna opinión sobre el sujeto. En su usual forma, Él usó esta oportunidad para dirigir un golpe sobre las conciencias de los que le preguntaban. *"¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís todos pereceréis igualmente"* (Lc.13:1-3) Nada es más fácil que imputar una excepcional maldad a estos que perecen bajo ciertas calamidades, olvidando completamente el hecho que el hombre como hombre —el hombre en todo lugar— sólo merece el juicio de Dios. El Salvador conforme a esto añade una parábola, en la cual se muestra que toda la nación (no unos pocos galileos solamente) eran completamente inútiles para Dios, y por lo tanto, iban al juicio. *"Dijo también esta parábola: tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala; ¿Para qué inutiliza también la tierra? Él entonces respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después"* (Lc.13:6-8). La viña y la higuera representan a la nación de Israel (Isaías 5 y Salmo 80); la higuera plantada en la viña representa al remanente de Judá que volvió de la cautividad de Babilonia. Un brillante testimonio para Dios debiese haber salido de ese pueblo tan grandemente bendecido; en lugar de eso, tal fue su hipocresía y mal, que el nombre de Dios fue blasfemado entre los Gentiles (Rom.2:24). Los *"tres años"* nos hacen pensar en la prueba por medio de la ley, los profetas, y Cristo (Hech.7:51-53). Por ninguno de ellos el corazón del

pueblo ha sido alcanzado. Una oportunidad más —sólo una— debía ser concedida en respuesta a la intercesión del cuidador de la viña. Éste no es otro que el Señor Jesucristo, quien rogó: "*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*" (Lc.23:34). La nueva oportunidad era el testimonio del Espíritu Santo después de la partida de Cristo al cielo. El resultado fue el asesinato de Esteban, y en la persecución de los otros testigos (1ª Tes.2:15). La higuera por tanto ha sido cortada: la nación culpable ha sido expulsada de la tierra por el justo juicio de Dios.

El turno de la Cristiandad se está acercando, 19 siglos del evangelio han producido, mundanalidad, orgullo, y blasfemia —todo esto ha sido perpetrado bajo la cubierta del santo nombre de Cristo. La paciencia Divina, por largo tiempo ejerciéndose, antes de que el fin llegue. Entonces el golpe caerá, y la Cristiandad será la escena de los más severos juicios de Dios. Que cada individuo mire a sí mismo. ¿Qué respuesta da mi corazón al costoso sacrificio del Calvario, y a las extremadas riquezas de la gracia Divina proclamada en virtud de esto? No hasta que el corazón aprecie a Cristo y Su sangre expiatoria, y fruto puede ser producido para Dios.

LA GRAN CENA

El Señor de todo estaba cenando con uno de los líderes, que pertenecían a la secta de los Fariseos. Siendo sábado, Él era vigilado cuidadosamente en forma crítica por todos los que estaban presentes allí. Observando a un hombre hidrópico ante Él, el Señor lo sanó, administrando al mismo tiempo una severa reprensión a quienes lo censuraban en sus corazones. Él entonces se dirigió al resto de los convidados por su egoísmo que los guiaba a todos a escoger los mejores puestos en la cena; y añadió a éstas unas palabras a Su anfitrión de manera a mostrar bondad a los pobres y necesitados más bien que a los que estaba seguro podían recompensarlo. El orgullo y el egoísmo que el santo ojo de este modo detectó contrastaban deplorablemente con Su profunda humildad y gracia (Lc.14).

Uno de los invitados dijo: "*Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios*", en respuesta a ello el Salvador presentó la parábola de la Gran Cena, donde se muestra que, aunque ávidos estén los hombres por obtener los mejores lugares en la cena que era provista por sus compañeros, cuando Dios extienda una cena ellos no querrán ningún lugar, sino que pedirán ser excusados por no asistir.

La gran cena es una atractiva presentación de la gracia de Dios revelada en el evangelio. Los primeros invitados son la multitud religiosa de Israel. A ellos primeramente el Salvador se mostró a Sí mismo con tierno amor. "*Y todos ellos comenzaron a excusarse*". El carácter de las excusas muestra que las bendiciones de Dios pueden ser usadas para excluir al mismo Dios de las afecciones.

Posesiones tales como bueyes, tierras, y sobre todo una esposa, son buenos dones de Dios para los hombres. Que estas cosas vuelvan el corazón lejos, más bien que acerquen el corazón a Dios, sólo prueba cuán malo es el corazón del hombre. Hay, además, clara absurdidad en las excusas dadas. Quienes habían comprado propiedades y bueyes, habiendo concluido sus negocios, harían bien en esperar hasta el próximo día para ver y probar lo que ellos habían comprado. No había nada en las circunstancias para estorbar su presencia en la cena si sus corazones realmente hubiesen deseado estar allí.

Siendo de este modo afrentado por los que habían sido invitados, el dueño, señor de la casa envió a su siervo a las calles y callejones de la ciudad, con la orden de traer a los pobres, cojos, mancos y ciegos. Estos representan a los marginados moralmente de Israel —públicos y ramera, concerniente a los cuales el Salvador una vez dijo: *"estos van delante de vosotros al reino de Dios"* (Mt.21:31).

Pero esto no era suficiente, de acuerdo con ello el siervo fue instruido *"ve a los caminos y vallados, y obligadlos a entrar, para que mi casa pueda ser llena"*. El siervo referido en esta parábola es el Espíritu Santo de Dios, Quien tiene la tarea de alcanzar a los hombres con las buenas nuevas de la bondad y el amor Divino. Los del camino y vallados son los Gentiles, a quienes el evangelio de Dios está ahora siendo proclamado, ya que Israel ha rechazado las buenas nuevas definitivamente.

Cómo el mundo Gentil ha tratado la invitación de Dios es penosamente evidente. El sacrificio de Su Hijo por la salvación de los hombres debiese subyugar a cada corazón que escucha tales buenas nuevas. Su oferta en gracia de perdón y justificación a todos los que creen en Su Hijo, esto debiese evocar la humilde gratitud de cada uno que tiene el privilegio de escucharlo. Pero en todo lugar el corazón humano es el mismo, sea entre los gentiles o judíos. Estos no quieren nada con Dios y Su Hijo. Las más frágiles y menospreciadas excusas se encuentran, para la pérdida presente y eterna de todos los que son culpables de tal flagrante locura.

LA OVEJA PERDIDA

Los cínicos comentarios de las clases religiosas en Israel hicieron necesario para el Salvador justificar Su actitud hacia el culpable y el perdido. Las tres parábolas de Lucas 15, fueron conforme a esto dadas, en las que se explica, en una forma calculada para mover cada corazón, el anhelo de la Trinidad Divina sobre el extraviado y perdido, y las variadas partes jugadas por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en la bendición de los tales. En la parábola de la oveja perdida tenemos retratada la obra del Hijo; en la de la moneda perdida tenemos la obra del Espíritu; mientras en la parábola del hijo pródigo tenemos gráficamente descrita la sincera afección con la cual el Padre da la bienvenida al pródigo.

El Señor habló primero de Su propia obra por dos razones. Primero, porque era en Él antes que nada en quien los hombres encontraban falta en ese momento, y segundo, a causa de que Su propio sacrificio en vista a los pecadores necesariamente precede (y es, realmente, la base) de la obra del Espíritu y del Padre en las almas de los hombres. Él pone la siguiente cuestión ante Sus críticos: *"¿Quién de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió hasta encontrarla?"* (Lc.15:4) Si ellos son solícitos acerca de un animal extraviado, ¿Por qué maravillarse de que el Señor tenga tal interés en los hombres perdidos, hechos a la imagen y gloria de Dios? Para buscar y salvar a los tales, Él estaba entonces en esa maravillosa jornada que comenzó de las alturas de la celestial beatitud, y que terminó cuando la cruz del Calvario hubo sido sufrida. Tal gracia como ésta no tiene interés para los religiosos; su propia complacencia oculta de ellos su necesidad de esto. Ésta puede convenir al perverso, pero el orgullo sostiene que a ellos no. En sus propios ojos ellos son las noventa y nueve personas justas, quienes no tienen necesidad de arrepentimiento. Completamente alejados estaban ellos de los intereses y de las afecciones divinas que eran incapaces de comprender el gozo del Padre y del Hijo cuando un pecador es llevado a casa. El hecho de que los del rebaño religioso fuesen siempre los más amargos enemigos del Salvador es suficiente para poner esta verdad más allá de toda disputa. Pero el Pastor se regocija en el fruto de Sus sufrimientos y trabajo. Él pone a Sus ovejas sobre Sus hombros, y las lleva con gozo a casa. Por medio de Su poder cada salvado es guardado hasta el fin. Ninguna fuerza; sea humana o infernal, puede arrebatar aun al más débil de Sus corderos (Jn.10:27-30). Él las lleva, no dentro de un redil, sino a Su propia casa. No hay redil en el Cristianismo "un redil" sería una perversión en Jn.10:16; *"Un rebaño"* es lo que dice el Salvador. Wycliffe y Coverdale han así traducido estas palabras antes de que la Versión Autorizada fuese publicada y fue un alejamiento de la verdad cuando "un redil" fue adoptado en preferencia a "un rebaño". "El redil" tiene sabor a la esclavitud de la ley, que los hombres ignorantes ¡Ay! de la gracia de Dios, han reavivado en el Cristianismo, "un rebaño", nos da la idea de la libertad del amor Divino, que

atrae, y une a los hombres a un Salvador personal.

El gozo del Pastor es compartido por sus amigos y vecinos, a quienes Él dice: "*Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido*". Quienes están acostumbrados a la intimidad y a la comunión con el Hijo de Dios, saben, para su bendición lo que esto significa. Sus intereses son suyos; Sus logros en la forma de salvar les dan a ellos material para un santo triunfo y delicia. Pero en relación con estos religiosos, en lugar de alegrarse con Su gozo, ellos sólo podían criticar fríamente el ejercicio de Su bondad hacia el necesitado y perdido.

LA MONEDA PERDIDA

Ya que primera de las tres parábolas (Lc.15) indudablemente se refiere al Hijo, y la tercera al Padre, ciertamente es razonable pensar y ver al Espíritu Santo en la parábola intermedia Y en verdad es una cosa bendita que cada Persona de la Deidad esté igualmente interesada en la bendición de los hombres. Padre, Hijo, y Espíritu Santo trabajan juntos en santa armonía en la obra de la salvación.

El Salvador preguntó: "*¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde un dracma, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla?*" (v.8). Aquí tenemos lo que no tiene vida, en contraste con la primera parábola, que representa una cosa viva que se ha perdido (la oveja perdida). Estos son los dos puntos de vista en que las epístolas a los Romanos y Efesios respectivamente ven al pecador. Actividad en el pecado es el punto en Romanos; muerte espiritual, es el punto en Efesios. La diligente obra del Espíritu en buscar al perdido es presentada en una velada forma en nuestra parábola. Es una mujer la que actúa. Esto nos sugiere la Iglesia de Dios, los miembros individuales de ella son los instrumentos para alcanzar las almas de los hombres. Un corazón oscuro necesita la luz divina, para que su mal pueda ser expuesto, y su profunda necesidad de salvación realizada. La mujer con la lámpara expresa esto.

Diferente a la oveja, que se ha extraviado sobre las montañas (Mt.18:12), la moneda de plata se perdió en la casa. La gran masa profesante llamada la Cristiandad es asemejada en 2ª Tim.2:20 a una "*Casa grande*" que contiene una mezcla de cosas preciosas y viles. De este modo no es sólo que el perverso y el malo están perdidos, sino que también muchas personas religiosas. Almas que están pereciendo pueden hallarse en las tabernas y en lugares de adoración. La oveja perdida es la imagen de uno; la moneda perdida es la imagen del otro.

El gozo de la mujer, cuando encuentra la moneda perdida, es declarado por el mismo Salvador al parecido gozo de los ángeles de Dios cuando un pecador es llevado al arrepentimiento. Un alma es de suficiente valor para comprometer el interés de todo el cielo. ¿Quién sino Dios conocía su dignidad? Una lágrima de una persona verdaderamente arrepentida da más delicia al cielo que una

multitud de religiosos formalistas, que se visten con ropas de justicia propia. Es maravilloso, además, que el ejército angélico se alegre sin ninguna envidia en la bendición de seres inferiores en estatus natural a ellos mismos. Aun así, levantados por la gracia soberana a una más exaltada posición de bendición que la más alta de la jerarquía. Aun así, Pedro dice, concerniente a nuestras bendiciones, "*cuyas cosas anhelan mirar los ángeles*" (1ª Ped.1:12), y Pablo nos hace conocer que por medio de la iglesia están ahora siendo dadas a conocer a los principados y potestades en lugares celestiales la multiforme sabiduría de Dios (Efes.3:10). De este modo ellos estudian Sus designios con nosotros, y encuentran bendición y beneficio por ello.

EL HIJO PRÓDIGO

No es sólo la gracia la que busca al perdido, sino que también ella recibe al arrepentido en casa con bendición. Ésta es la parte del Padre en el sorprendente esquema de la salvación. La base de toda bendición para los hombres está en la sangre expiatoria. Esto, además, no es el punto en las parábolas de Lc.15, sino más bien el principio sobre el cual los hombres son bendecidos, que es la gracia soberana.

El Salvador ahora describe a dos hijos —uno perverso, y el otro uno que se cree justo (Lc.15:11-32). Estos representan al ingobernable y a la clase religiosa respectivamente. El hijo más joven, habiendo obtenido su porción de la herencia de su padre, lo abandonó, y gastó sus bienes en una tierra distante. De igual forma hace la multitud de hombres que viven en completa desconsideración de Aquel de cuyo linaje son, y malgastan y derrochan los medios, facultades que Dios les ha dado, para satisfacer sus codicias carnales. El primer hombre deseó ser independiente de Dios, y el amor a esto ha caracterizado a toda su descendencia desde entonces. Cuando el pródigo "*hubo gastado todo, hubo un gran hambre en la tierra*". De este modo todo alrededor estaba indigente como él mismo, de manera que ningún hombre podía aliviar la angustia de su compañero. Un cuadro gráfico de la completa impiedad e incapacidad del hombre para aliviar la tristeza y la desilusión del corazón de su prójimo. En verdad todos ellos estaban necesitados, si ellos confesaban esto.

El hijo pródigo desciende hasta llegar a cuidar cerdos. Sin dinero y con hambre, él estaría agradecido si se le permitiese cuidar de los cerdos, y compartir aun la comida de estos. "*Pero nadie le daba*" así dice el Señor de todo. Que la infidelidad nos informe cuantos hospitales, orfanatos, y otros refugios de misericordia habrían sido hechos en la tierra si el Cristianismo no hubiese nunca arrojado su influencia en los corazones de los hombres.

Apacentar cerdos da tiempo para reflexionar, la mente del pródigo se vuelve hacia la casa de su padre, y la abundante provisión que hay en ella. Su corazón es traído hasta allí, y él resuelve volver y arrojarse sobre la misericordia

de su padre. Esto nos recuerda Rom.2:4. *"La bondad de Dios te guía al arrepentimiento"*. Pero el transgresor hizo un enorme disparate, él se propuso decir: *"No soy digno de ser llamado tu hijo, hazme uno de tus criados"*. La conciencia debería haberle enseñado que él había caído demasiado bajo para eso; porque el primer requisito de un siervo es tener un buen carácter. Tomemos el más humilde lugar ante Dios. Éste es nuestro estado por naturaleza que somos absolutamente sin ninguna aptitud para ningún lugar en la presencia divina. Pero aquel que abandona todo pensamiento de mérito, y se arroja sin reservas sobre la gracia soberana confesando sólo la dignidad de Cristo y la eficacia de Su sangre, se encontrará él mismo entonces introducido en las relaciones de hijo con el Padre cuyos derechos y privilegios son tales que aun los ángeles elegidos nunca pueden conocer.

Esto es lo que probó el pecador de nuestra parábola. El gran Dios es positivamente representado como yendo a encontrarle con besos. Pronto la mejor ropa fue puesta sobre él, con un anillo en su dedo y calzado en sus pies. La mejor ropa es Cristo, en quien el pecador perdonado está completo, y con cuyas perfecciones él es desde entonces cubierto a los ojos de Dios. *"Y comenzaron a regocijarse"*. No hay indicio en cuanto al término de esto. El corazón del Padre encuentra actual y eterno gozo en lo que Su amor ha realizado por los objetos de su favor; mientras estos, y todos los que comprenden su caso, se alegran y deleitan ellos mismos en la presencia Divina para siempre. En verdad, es bueno conocer a un Dios Salvador.

EL HIJO MAYOR

Los críticos religiosos de nuestro Señor no podían fallar en reconocerse a sí mismo en el hijo mayor, cuya actitud hacia el transgresor arrepentido, y también hacia su padre a causa de su bondad hacia éste, está de forma sorprendente retrataba (Lc.15:25-32). El hijo mayor tenía una demanda natural; y los religiosos en todas las edades se han considerado a sí mismos en esta posición en relación con Dios —en un mayor o menor grado. Pero por esta misma razón ellos son rechazados, ya que *"ninguna carne se gloriará en Su presencia"* (1ª Cor.1:29). No es ciertamente sin intención que el hijo mayor sea invariablemente representado en las Escrituras como estando fuera de la bendición Divina. Caín, Ismael, Esaú, Rubén son algunos pocos casos. Es declaradamente el pecador culpable, quien no tiene nada que abogar, sino lo que encuentra en Dios mismo, quien obtiene la bendición.

El hijo mayor estaba en el campo. *"había gozo dentro, pero él estaba afuera"*. *"El campo"* es el lugar de la labor. El sincero religioso es siempre un duro trabajador, él tiene celo por Dios, pero no conforme al conocimiento. Por trabajar para establecer su propia justicia, él no se somete a la justicia de Dios (Rom.10:2-3). Como el hijo mayor, él está *"cerca"* de la casa del padre, pero nunca

entra, y nunca experimenta la calidez del corazón del Padre; él se ocupa con obras legales y ordenanzas religiosas, su vida es fría; de manera que, como el hijo mayor, quien ha sido confundido y perturbado por el sonido de la música y la danza, su corazón es extranjero a la plenitud de gozo que se encuentra sólo en la presencia divina (Sal.16:11).

"Entonces se enojó, y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrase" (v.28). No había necesidad de que permaneciese afuera; la puerta no estaba cerrada para él; él era tan bienvenido como el pródigo a toda la bendición de la casa del padre. Pero allí estaba la dificultad. En su propia marcha —*"He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos"* (v.29). Aquí él revela lo que había en su propio corazón. La cercanía a su padre había sido sólo externa; su trabajo había procedido de algún otro motivo que el del amor; su noción de la verdadera felicidad era estar lejos del padre en compañía de sus amigos. ¡Terrible exposición del verdadero estado religioso del corazón del hombre en relación con Dios!

Escuche el tierno llamado que el padre hace a su hijo lleno de justicia propia: *"Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque éste tu hermano era muerto, y ha revivido, se había perdido, y es hallado"* (v.31-32). En lo que concierne a este mundo, el hombre que ha vivido decente y religiosamente tiene una clara ventaja sobre el perverso. Riqueza y fortuna han quedado con él; de allí las palabras *"todo lo que tengo es tuyo"*. Pero ¿cuál es el valor de este orgullo y justicia propia si éstas excluyen al alma de la presencia de Dios para siempre? Nuestra parábola termina con el hijo mayor todavía afuera, enojado, objetando la gracia que había sido mostrada a su hermano extraviado, él es el padre de todos aquellos que en este día menosprecian la idea de ser "convertido" y "salvado", y que jamás consentirán ser nivelados juntamente con los derrochadores de la tierra.

EL MAYORDOMO INJUSTO

Esta parábola, de forma diferente a las anteriores, fue dirigida a los discípulos solamente (Lc.16:1-12). Una importante lección es contenida en ella a los que siguen al Señor Jesús.

Un mayordomo infiel es puesto ante nosotros —uno que fue acusado de estar disipando sus bienes. Recibiendo la noticia que debía renunciar a su cargo, él se puso a pensar en su futuro. *"Cavar, no puedo"*, dijo él; *"mendigar, me da vergüenza"*. Por tanto, resolvió congraciarse con los deudores de su señor durante el breve tiempo de servicio que le quedaba, con vista a recibir beneficios de manos de estos en fecha posterior. Conforme a ello llamó a los deudores y a uno que debía cien medidas de trigo, lo hizo sentarse y que escribiese cincuenta; a otros que debían cien barriles de aceite, le hizo que anotase cincuenta. El comentario

del Señor sobre esto frecuentemente ha confundido aun a devotos lectores de las Escrituras. El Señor encomienda al mayordomo injusto, porque él había hecho astutamente, porque los hijos de este mundo son en su generación más sabios que los hijos de la luz.

Consideremos esto cuidadosamente. Primero aquel que encomienda de este modo no es el Señor Jesús, sino el imaginario señor de la parábola. Segundo, el mayordomo no fue alabado por su honestidad, sino por su astucia. Un granuja astuto necesariamente despierta de sus observadores admiración en alguna forma. El punto en la parábola es que el hombre actuaba con su ojo puesto en el futuro. El usó su breve tiempo de servicio en vista a los años que estaban por delante. Al hacer esto puso un ejemplo aun para verdaderos discípulos. De allí las palabras que siguen: "*Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas*" (v.9).

Leer estas palabras de nuestro Señor como si ellas tuviesen alguna referencia a hombres buscando la salvación sería desastroso. La salvación es sólo por gracia, y ésta está fundamentada en la obra expiatoria del Señor Jesús. Esto no puede enfatizarse demasiado. Pero aquellos que son salvos tienen serias responsabilidades y cada uno de ellos deberá dar cuenta de ello ante el tribunal de Cristo. Entonces cada discípulo debiese tomar una hoja del libro del mayordomo infiel y usar el breve período de vida aquí con vistas a la bendición y la recompensa en la vida de más allá. Quizás no hay nada concerniente a lo cual aún verdaderos creyentes fallen más profundamente que en la materia del dinero. Las riquezas son llamadas "*el mamón de la injusticia*", porque éstas son el fruto del pecado. Las condiciones que prevalecen ahora, unos ricos y otros pobres, no tendrían lugar en un mundo que no hubiese caído. Una seria y grave responsabilidad por tanto descansa sobre los cristianos en cuanto a cómo él usa lo que tiene, sea poco o mucho; él es realmente un mayordomo; y deberá un día dar cuenta. Aquel que gasta todo en sí mismo, y que reserva sólo unas pocas monedas para Dios, está viviendo sólo para el presente; aquel que usa sus bienes para Dios en medio de un mundo necesitado está haciendo amigos por medio de sus posesiones. No hay pensamiento en Lc.16:9 de que los objetos de nuestra beneficencia nos den la bienvenida en las habitaciones de arriba. Referencia al Griego muestra que el Señor habló en tercera persona —"*para que os reciban en las moradas eternas*". Uno que da la bienvenida a un abnegado discípulo para descansar, y la recompensa no es otra que el Dios vivo mismo, es Quien está preparado para dar abundante honor en otro mundo a aquellos que han renunciado a algo en este mundo por causa de Su nombre, y bajo la poderosa acción de Su poderosa gracia.

EL JUEZ INJUSTO

En un día materialista tal como el actual, la oración tiene poco valor. Los sentidos son más que la fe, y, lo visible es más grande que lo invisible. Pero a pesar de ello es verdadero que el hombre es la más desvalida criatura si se aparta del Dios que lo creó, y aquel que ignora esto se está apresurando a una caída — va directo a su propia destrucción. Aun verdaderas almas son frecuentemente probadas por el retraso divino en la respuesta a la oración y son tentadas a abandonar el ruego a causa de ello. A los tales la parábola del juez injusto tiene una voz de aliento. Ésta fue dada a los discípulos como un estímulo a orar siempre y no desmayar. La parábola es ésta: *"Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo. Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que, viniendo de continuo, me agote la paciencia"* (Lc.18:2-5).

Dispensacionalmente hay una referencia aquí a *"los días del Hijo del hombre"*. En el capítulo anterior el Salvador ha hablado de la gran última crisis, y de las penosas circunstancias en las cuales el remanente fiel de Israel se encontrará en aquellos tiempos. La parábola del juez injusto sigue inmediatamente y está conectada con esto. En los oscuros días de la apostasía anti-cristiana, cuando la Cristiandad y el Judaísmo unan sus manos en la más baja iniquidad, aquellos que se aferran a Dios no tendrán otro recurso que el ruego. El libro de los Salmos nos presenta proféticamente muchos de los agonizantes llamados que entonces saldrán de sus angustiados corazones. Dios ciertamente vengará sus males, y juzgará a sus opresores en Su propio tiempo; la cuestión es, ¿Esperará Su pueblo por Él, y no aceptará sino sólo la libertad que vendrá de Su mano? Ésta es la fuerza de las palabras del Salvador, *"Cuando el Hijo del hombre venga, ¿hallará fe en la tierra?"* (Lc.18:8).

En todo tiempo, y bajo cualquier circunstancia, es bueno confiar en Dios. Aun desde la caída, ha sido la tendencia de la carne planear y proveer para sí misma en completa independencia de Dios. Ésta es la raíz y causa de la miseria que llena la tierra. Es el comienzo de buenas cosas cuando el orgullo y la voluntad del hombre son quebrantadas, y éste se vuelve a Dios en humilde penitencia, apoyándose para la salvación en la dignidad del Nombre del Salvador y de Su obra redentora. Esta fe es bendecida inmediatamente, y para siempre. Pero este paso, supremamente importante, es sólo inicial. Éste es la introducción dentro de una vida de fe, donde cada paso debe estar marcado por la simple confianza en Dios. Aunque Él retrase la respuesta a la oración, si así le agrada, aun así la fe persevera, sabiendo con certeza que el infinito poder y amor nunca permitirán que un alma que confía sea aplastada. *"El lloro puede durar la noche, pero el gozo vendrá por la mañana"* (Sal.30:5).

EL FARISEO Y EL PUBLICANO

Éste era un pozo lleno con la justicia propia, no sólo en el día de nuestro Señor, sino en todo otro día. Dos hombres son representados como yendo al templo a orar; uno era un Fariseo, y el otro un publicano (Lc.18:9-14). Si los hombres son reales en algún lugar, ciertamente esto debe ser en la presencia de Dios. Es razonable suponer que allí, los hombres pesarán sus palabras, y hablarán como sus corazones en verdad sienten. ¿Pero qué tenemos aquí? ¡Un hablador jactándose de sus méritos en la presencia divina! "*Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana. doy diezmos de todo lo que gano*". Ninguna palabra de gratitud o adoración por lo que Dios es en Su gracia hacia los hombres; cada palabra era acerca de sí mismo y de sus imaginadas perfecciones. ¡Qué espectáculo tenemos aquí! ¡Un hombre en presencia del Dador de todo bien!, aun así, ningún favor se suplica, en presencia del Juez de los vivos y de los muertos, y Quien sondea todos los corazones, ni reconocimiento de pecado, pues él no pide ni confiesa nada.

Ciertamente una terrible posibilidad es sugerida por la parábola. La religión de un hombre puede ser su ruina. Su misma severidad de vida puede llevarlo a la perdición. ¿Por qué? Porque la religión del hombre es adecuada para sembrar el orgullo propio en su religiosidad; y el hombre moral en su moralidad, y venir a ser de este modo completamente cegado al hecho de su verdadera pecaminosidad ante un Dios santo. Romanos 9:30 y 10:4 pueden bien ser considerados en esta conexión. El apóstol gemía por sus compañeros religiosos porque ellos estaban buscando la justicia sobre el principio de las obras, considerando que la justicia para el hombre sólo se encuentra a través de la fe que es en Cristo Jesús. Pablo proseguía la misma falsa línea hasta que fue detenido en su carrera por la revelación de un Cristo glorificado (Fil.3:4-9).

El publicano tomó un fundamento completamente distinto ante Dios; él pertenecía a una clase corrupta y odiada que recolectaba los impuestos romanos, ayudando de este modo a la opresión de su afligido pueblo. Pero éste estaba ahora en la presencia de Dios, y sentía profundamente lo sagrado del lugar, y su propia inaptitud para éste. "*Mas el publicano estando lejos, no quería aun ni alzar sus ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí pecador*" (v.13); él bien podía golpear su pecho, porque el corazón es la fuente de todo mal. Desde que el hombre cayó ha sido corrupto raíz y rama. El publicano no pensaba en que el fariseo fuese mejor o peor que él; su propio mal lo abrumaba y él buscaba medirlo en la presencia de Dios. "*Sé propicio a mí*", era su clamor penitencial.

El Señor de todo declaró, "*Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido*" (v.14)). Es decir que el publicano llegó a su casa

justificado, y el Fariseo no. Esto es lo contrario a todos los pensamientos humanos. Pesado en las balanzas humanas, el religioso y benévolo Fariseo habría recibido la bendición, y el corrupto publicano habría sido puesto a un lado. Pero nunca es así con Dios. Éste es un caso claro de lo que se describe en Rom. 4:5-6 de la justicia imputada sin las obras. Pero ¿Sobre qué principio equitativo es Dios capaz de tratar de este modo con el culpable? Notemos esto cuidadosa y reverentemente, sobre la sangre de Jesús (Rom. 3:24-25 y 5:9).

LAS MINAS (Lc.19:11-27).

Esta parábola, mientras similar en algunos aspectos a aquella de los talentos (Mt. 25:14-30), parece sin embargo ser una declaración distinta. El Señor se estaba acercando a Jerusalén por última vez, y las esperanzas de Sus discípulos eran muy altas. Ellos pensaban que ahora iba el reino de Dios a establecerse, reino del cual los profetas y salmistas habían hablado por edades. La necesidad moral de la cruz aún no había venido a ser clara para los discípulos. Ellos no comprendían que el pecado del hombre requería que el Salvador aceptase la cruz a Su primera venida, y esperara por el reino a Su segunda venida. De manera que la parábola de las minas fue dada, en ésta el Señor es asemejado a un hombre noble que ha ido a un país lejano a buscar un reino, y retornar, confiando antes a sus siervos las responsabilidades.

En la interpretación de los siervos están aquellos que "profesan y se llaman a sí mismos cristianos"; los ciudadanos, que enviaron el insultante mensaje, "*no queremos que este hombre reine sobre nosotros*", son el pueblo Judío. Al retorno del Señor Jesús, dos cosas sucederán; el juicio de Sus adversarios, y la recompensa de Sus siervos. En la parábola de los talentos, Él confía de manera diferente de acuerdo con la capacidad de cada uno; en la parábola de las minas, cada hombre recibe lo mismo. La soberanía divina es el punto en una; la responsabilidad humana en la otra.

El primer hombre llamado fue capaz de decir, "*Señor, tu mina ha ganado diez minas*". Diligencia ha marcado su conducta en relación con la confianza de su señor. Su señor lo alaba como un buen siervo diciendo: "*Tendrás autoridad sobre diez ciudades*". ¡Qué Señor es el nuestro! Tal recompensa por la fidelidad en tan pequeño asunto. Por fidelidad y diligencia en este pequeño asunto, a él le fue asignado el gobierno de diez ciudades en el reino Milenial. Ningún señor es tan fácilmente agrado como el Cristo de Dios, y nadie recompensa tan ampliamente como lo hace Él, cada servicio dado a Su nombre. El segundo hombre muestra cinco minas. A él le fue concedido gobierno sobre cinco ciudades. Aquel a quien servimos tiene en cuenta la cantidad y la calidad de lo que se hace por Él (Lc.19:15 y 1ª Cor.3:13). De este modo Rom.16:12 nos habla de Trifena y Trifosa, quienes trabajaron en el Señor, y de la amada Pérsida, que trabajó "mucho" en el Señor. De igual forma, Neh. 3 nos habla de muchos que ayudaron

en la restauración de las murallas de Jerusalén, pero se distingue a algunos como habiendo trabajado "*ardientemente*". El "*mucho*" y el "*ardientemente*" deben ser meditados por todos los que quieren agradar al ausente Señor.

Hay, lamentablemente un lado oscuro en esta parábola. Un hombre devolvió su mina al Señor envuelta en un pañuelo. Para excusarse de su completa indiferencia a las demandas de su ausente señor, él calumnió el carácter de éste de esta forma: "*Tuve miedo de ti, por cuanto eres hombre severo que tomas lo que no pusiste, y que siegas lo que no sembraste*". El siervo malo representa a los creyentes meramente nominales de la Cristiandad, quienes nunca han pensado usar sus poderes y posesiones para Aquel cuyo nombre ellos llevan. Los tales serán completamente rechazados en ese gran día, su juicio será ricamente merecido por su miserable perversión del carácter de Aquel que es infinitamente lleno de gracia y bondad. ¿No ha Él derramado Su sangre para hacer la salvación disponible para todos, aparte de las obras o precio, y qué pide Él sino un ferviente servicio que fluye naturalmente de la apreciación de Su maravilloso amor y gracia?

LA HIGUERA Y TODOS LOS ÁRBOLES

La higuera es el bien conocido emblema en la Escritura de la nación de Israel, "*todos los árboles*", en la parábola ante nosotros, representa conforme a esto a las varias naciones que tienen que hacer con Israel (Lc.21:29-31)

El Señor estaba dando expresión a Su gran profecía sobre el monte de los Olivos. Sus tristes palabras acerca del templo habían producido una serie de preguntas en Sus sorprendidos discípulos. En Su respuesta Él habló no sólo de la inminente desolación por los Romanos bajo Tito (que es la característica prominente en el relato de Lucas), sino también de la última y amarga aflicción de Israel cuando el Anticristo esté en poder en Jerusalén. Concerniente a esto último, referencia debe hacerse a Mateo y Marcos para plenas particularidades. En los tres evangelios se hace abundantemente claro que la libertad será realizada por la aparición del Hijo del hombre en las nubes del cielo.

He aquí la parábola: "*Mirad la higuera y todos los árboles. Cuando ya brotan, viéndolo, sabéis por vosotros mismos que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios*" (v.29-30). Estamos de este modo autorizados a esperar señales de vida a manifestarse en Israel y las naciones con las cuales Israel tiene relaciones especiales antes de la venida del Salvador a la tierra para inaugurar el reino visible de Dios. Esto nos dirá que ese gran evento está cerca, porque es innegable que esos destacables movimientos se están realizando entre este pueblo en cuestión. El congreso Sionista ha reavivado el espíritu nacional de Israel en un maravilloso grado, los pocos años pasados han sido testigos de avivamientos similares del espíritu nacional en Grecia, Italia, Egipto, y otros poderes, que han

de jugar sus respectivas partes en los conmovedores eventos que terminarán la edad actual. Más extensivos desarrollos serán vistos en Edom, Moab, Amón, etc., por mucho tiempo perdidos como naciones, estos están destinados a tener cierta posición en la última gran tragedia. La cuestión del Oriente, a menudo discutida, es en realidad la cuestión de Israel. Su centro no es Constantinopla sino Jerusalén. Este problema político, por largo tiempo, la vejación de los hombres de estado no será arreglado hasta que el Hijo del hombre venga desde el cielo, y tome los asuntos de la tierra en Sus manos como el único justo Rey de reyes y Señor de señores. Entonces las tribus de Israel serán restauradas a la tierra de sus padres, y sus enemigos serán quebrantados para siempre. El verano del mundo está realmente cerca, pero la tormenta de juicios desoladora debe descargar toda su fuerza antes de que éste pueda ser establecido.

Mientras tanto, los creyentes en el Señor Jesús tienen una más gloriosa esperanza. Para ellos el Salvador ha prometido descender en los aires con voz de trompeta, para llamarlos a casa. En ese momento de momentos cada creyente dormido será resucitado de la tumba, y cada creyente entonces viviendo será transformado, y cogido para estar siempre con el Señor. La preciosa sangre expiatoria los autoriza a ellos a esperar esto, quienes de otra forma no tendrían ninguna esperanza ni demanda, sino una eterna aflicción y dolor. La remoción de todos los santos será una tremenda conmoción para el mundo; pero esto debe suceder antes que la última y terrible tragedia final comience.

W. W. FEREDAY